PESSULUM

Zarzo Escribano

PESSULUM
Zarzo Escribano

PESSULUM

Zarzo Escribano

Esta novela está inspirada en hechos reales. Para respetar a las víctimas y a la policía, los nombres de los protagonistas son inventados, y la recreación de algunos de los hechos es diferente a lo que sucedió en realidad.

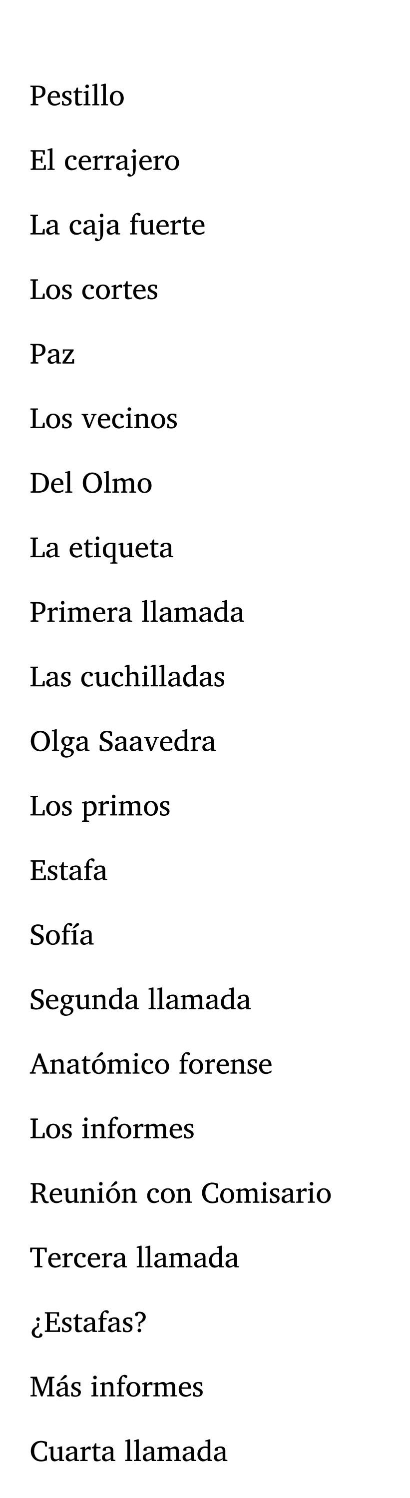
Por otro lado, este libro es la precuela de **El murmullo del árbol.**

Cuando termines de leerlo, espero que continues con la saga. Al final del libro tienes un regalo para animarte a ello.

Para mi familia, la de sangre, la de la calle y la de internet.

En una de ellas estás tú.

ÍNDICE



Santiago echó la cadenita de seguridad de la puerta de entrada de su casa.

Se apoyó sobre la misma puerta y suspiró. Miró su cuerpo, desnudo, y ensangrentado, con múltiples cortes que, si bien no eran profundos, eran punzantes, y le habían pintado el cuerpo de marrón rojizo. Como el impala al que el guepardo consigue atrapar con sus garras, pero que escapa en el último instante.

Se llevó la mano al pecho, y notó un dolor extraño, un dolor nuevo, un dolor que se le extendió al brazo izquierdo. Sintió que le faltaba el aire, y se fue deslizando, poco a poco, como el que se va quedando dormido, hasta el suelo. Cuando su culo topó con el frío terrazo de piso de periferia, fue incapaz de moverse. Ni de pronunciar palabras de auxilio.

El dolor en el pecho y en el brazo se hicieron insoportables. Como si le explotara una tripa, o una arteria, o los mismos pulmones dentro de su caja torácica. Le costaba respirar, y la cosa iba a peor a cada segundo que transcurría. Perdió la noción del tiempo, si es que no la había perdido ya antes.

Su corazón dejó de latir cerca de las doce de la noche; la cabeza quedó ladeada hacia la izquierda; su cuerpo: recostado sobre esa puerta a la que acababa de echar el pestillo, justo cuando creía que todo se había quedado en un susto.

No tuvo la oportunidad de elegir, como en el chiste, entre susto o muerte.

El cerrajero le dio dos golpes al punzón, y el bombín de la cerradura cayó hacia el interior. Abrió la puerta con una facilidad tan ridícula, que el policía que supervisaba la apertura pudo haber imaginado que los malos podrían contratar sus servicios para entrar en cualquier casa o local. No lo pensaron porque José, que era como se llamaba el cerrajero, era el profesional de referencia de la Policía Nacional en la zona sur de Madrid. Al primero al que acudían cuando tocaba hacer una operación de este tipo.

¿Por qué tuvieron que recurrir a él?

Porque Dolores, empleada de Santiago Vargas, había avisado a la policía, ya que su jefe no daba señales de vida desde el sábado anterior: tres días atrás.

Primero acudieron al lugar los agentes de Seguridad Ciudadana del Cuerpo Nacional de Policía. No obtuvieron respuesta, pero consiguieron el teléfono del habitante de la casa, gracias a Dolores, y llamaron. En el interior de la vivienda escucharon la melodía típica de un móvil Android, esa que cuando suena a tu alrededor hace que te lleves la mano al bolsillo por si eres tú al que están llamando. A pesar de escuchar el característico tono, allí nadie descolgó. Eso alertó a los policías, y decidieron comunicarse con la brigada de Delitos Contra las Personas.

La subinspectora Olga Saavedra, del grupo II de Homicidios de la UDEV Central —que fue la que acudió—, pidió permiso a Floren, el policía de Seguridad Ciudadana, para ser ella la que empujara la puerta. Fue en vano, no se podía acceder a la vivienda: aquello no se abría. El subinspector Toribio, que había acudido con ella al lugar, ayudó en la empresa. Y la puerta solo pudo avanzar unos milímetros. Los suficientes para comprobar que la cadenita de seguridad estaba echada. Ambos policías se miraron sin saber muy bien qué hacer.

—¡Santiago Vargas! —gritó la subinspectora por el leve resquicio que habían conseguido abrir. Santiago no respondió—. Toribio, vamos a tener que pedir a alguien más que nos ayude

El cerrajero se encogió de hombros, porque esa no era su tarea y porque no quería llevarse alguna mala sorpresa si ayudaba a empujar y conseguían entrar en la casa. No sería la primera vez que José abría la puerta de un muerto. El policía de Seguridad Ciudadana pidió

ayuda por su intercomunicador.

—José, haga usted el favor de cortar la cadena de seguridad —ordenó Floren.

Los dos subinspectores volvieron a mirarse entre sí; sabían a quién debían llamar mientras esperaban refuerzos.

El doctor Leonardo Paz, agachado como casi siempre, examinaba el cuerpo del fallecido. Con su pulcritud habitual tomaba notas mentales sobre la data de la muerte o, incluso, la causa. Todo eran especulaciones, claro. Lo único que podía asegurar con certeza era un hecho:

—Está muerto.

La subinspectora Saavedra, que no lo soportaba, calló. Paz siempre decía la misma tontería, como si fuera un chiste de humor negro. A algunos les hacía gracia, pero a ella, ese vejestorio propio de otra época, ni pizca. Y menos en un asunto tan serio.

Leonardo Paz había visto demasiados muertos, por lo que había desarrollado un callo contra la conmoción que provoca el visionado de un cuerpo sin vida. Llevaba trabajando de forense más años que los que Olga había cumplido. Era un tipo bajito, delgado, con una abundante cabellera cana y unas viejas gafas de pasta que le otorgaban cinco años más de lo que tenía.

Mientras el médico realizaba su trabajo, Saavedra se adosó a la espalda del oficial Beltrán, un agente de la científica al que, con anterioridad, había pedido permiso para acompañarlo en la inspección ocular. La subinspectora, enfundada en calzas, guantes y una funda para el pelo, procuró no molestar mucho a los de criminalística; se limitó a mirar de lejos y a hacer preguntas.

En el dormitorio principal de la vivienda había restos de sangre en el suelo. Los científicos tenían delimitado el cerco de mayor tamaño con sus triángulos de posición. Sin embargo, había otro elemento que era el centro de las miradas.

—¿Se supone que ahí había una caja fuerte?

Olga señaló un hueco en el armario que una policía encargada de las fotos de la inspección ocular estaba fotografiando. Otra agente pasaba sus polvos mágicos y lo marcaba, también, con triángulos de posición.

—La han arrancado de cuajo —dijo Beltrán.

—¿Y nadie ha oído nada? —preguntó Saavedra.

—Estamos interrogando a los vecinos, subinspectora —respondió el subinspector Toribio, que a su vez se había adosado a la espalda de Olga—. ¿Del Olmo no va a venir?

—Sigue enfermo. Toribio, ¿por qué no vas a echar una mano a Insausti y a Solís con esas preguntas a los vecinos?

Lucas Toribio echaba de menos al jefe. Aunque confiaba en la subinspectora, le gustaban las pequeñas reuniones con el inspector; que fuera él quien dirigiera el cotarro. El subinspector, con una mueca de disconformidad, acató la decisión porque Del Olmo, en su baja médica, puso a Olga Saavedra al mando.

—¡Subinspectora! Venga usted aquí, por favor.

Ella resopló porque prefería estar allí, con Beltrán y sus pesquisas científicas. Sin embargo, el forense era el forense: el doctor Paz tenía algo importante que comunicar. De lo contrario, no se dignaría en avisarla.

El primer corte dolió.

Santiago sintió, por primera vez, lo que se siente cuando alguien desliza un cuchillo afilado por la carne humana. Su propia carne humana, para ser exactos. De su piel abierta brotó sangre, sangre que cayó al suelo, y lo manchó todo de ese marrón rojizo tan desagradable.

Ese primer corte fue en el brazo izquierdo, en la zona del antebrazo. El segundo corte fue en su barriga, una barriga que en los últimos meses había crecido más de lo que él deseaba. Se asustó. Pensó que por ahí se le podían salir las tripas. Solo salió más sangre, porque el que cortaba sabía lo que hacía. Fue pandillero en sus tiempos en algún barrio de Ciudad Guayana. Conocía la diferencia entre pinchar y cortar. Como si de un buen carnicero se tratase. De hecho, lo que hizo con el pobre Santiago fue una carnicería. Aunque una carnicería sin vísceras.

Después del segundo corte vinieron varios más. Todos con el mismo grado de intensidad: superficial, lo justo para hacer daño, físico y mental, y no matar.

—Como no nos digas la combinación, te seguiré cortando, pendejo.

Santiago había colapsado minutos antes. Dijo unos números que vinieron su mente. Pero esos números no abrieron la caja. Hacía ya más de un mes que no la abría; el negocio no daba para almacenar grandes cantidades de dinero como si lo hiciera en un banco de Suiza. Las ganancias alcanzaban para pagar facturas y vivir al día.

—No lo recuerdo, lo tengo apuntado en mi oficina…

El segundo de los asaltantes estaba más nervioso. Se notaba que era más inexperto en esas lides de torturar a personas. Era un miserable ratero y lo suyo eran pequeños palos, conseguir un poco de dinero, y pagarse unas *papelas* para fumarse sus chinos. Y cuando se está nervioso se suelen cometer errores.

—Claro, y quieres que te llevemos a la oficina —dijo el ratero—. Dame el puto cuchillo —exigió a su compinche.

—Cállate, y anda a la puerta a mirar si hay alguien en la escalera.

El carnicero lo desafió con la mirada, y el ratero —con el *mono* empezando a asomarse a su cabeza— obedeció y se marchó.

El carnicero aprovechó para hacerle otro pequeño corte a Santiago que le provocó otra punzada insoportable de dolor. No escuchó al ratero que había vuelto a la habitación con dos cuchillos enormes en la mano. Uno era de los de cortar jamón.

El carnicero solo advirtió la presencia de su subalterno cuando estaba tan cerca de él, que podía haberlo atravesado con el cuchillo jamonero, y aún habría hoja suficiente para llegar hasta el cuerpo de Vargas.

El ratero se quedó mirando al carnicero con odio, segundos después usaría el cuchillo, que para eso había ido a buscarlo a la cocina.

El forense Leo Paz tenía las mismas ganas de ver a la subinspectora Saavedra al mando, que la subinspectora Saavedra tenía de escuchar al médico. Se profesaban una indiferencia y una desidia proporcionales. Cuando estaba presente, Del Olmo trataba de mediar, con éxito, la mayoría de las veces. Con él de baja, la cosa se complicaba.

—Hay rastros de sangre desde la bañera hasta aquí, a pesar de que alguien intentó limpiarlo. Se nota que no es un reguero, usted ya lo habrá comprobado por sí misma —dijo Paz sin dirigir sus ojos a Olga—. Y eso es porque tiene cortes superficiales, ninguno con la capacidad de provocar la muerte.

Ella tomaba notas y hacía fotos con su teléfono móvil. Prefería tenerlas guardadas y a mano, y así poder sacar sus propias conclusiones antes de esperar al informe de la Policía Científica. Había podido comprobar con sus propios ojos la veracidad de las palabras del médico: los restos de sangre desde la habitación (marcados con los convenientes triángulos de la Científica) y el cuarto de baño contiguo (donde se hallaba la bañera) eran meras salpicaduras, no un reguero rojo como en las películas de Quentin Tarantino. También había algunas pequeñas y difusas manchas en las paredes de gotelé. Ahí el contraste con el blanco amarillento era mayor.

—Entonces, ¿la causa de la muerte?

—Tengo que hacerle más pruebas. Es probable que a este hombre lo torturaran hasta morir.

—Pero ¿morir de qué?

Esta vez el médico sí clavó sus ojos en la subinspectora. No contestó. ¿Consideraba que ella debería ser lo suficientemente sagaz para averiguar la causa de la muerte con las escasas explicaciones que acababa de aportar?

Sí, lo consideraba.

—Se lo pondré en el informe, subinspectora.

Sagacidad a Olga Saavedra no le faltaba. Siempre y cuando tuviera tiempo de reunir todos los datos, y ponerlos en orden en su

prodigiosa cabecita. Una vez realizada esa tarea le solía saltar la chispa al puro estilo Sherlock Holmes. En estos momentos de tensión, y con un vejestorio tocándole las narices, no era viable que hiciera ninguna deducción brillante.

Paz se marchó insistiendo en que ya le pasaría el informe, y a ella se le quedaron las ganas de tirar al forense al suelo, y acurrucarlo junto al cadáver.

—¡Olga!

El subinspector Toribio la sacó de sus drásticos pensamientos. Traía una información relevante.

El oficial de policía Sergio Insausti, la policía Amaya Solís y Lucas Toribio estaban reunidos en el rellano del piso del finado. En la puerta de enfrente, el B, una mujer escueta, doblada por la artrosis y con un gorro de tela en la cabeza esperaba impaciente.

—La señora Rosario escuchó gritos y golpes.

Olga se adelantó para estar más cerca de la posible testigo. Cuando lo hizo, si se miraba de perfil, podría haberse interpretado como la imagen de una I y su punto: la subinspectora le sacaba a la anciana al menos dos cabezas.

—Hola Rosario. ¿Qué tal está usted? —La mujer se encogió de hombros y masculló un «bien, bien».

—Dice que es algo habitual, y que no le dio importancia —afirmó Insausti, adelantándose a la pregunta de la subinspectora, y ganándose una reprimenda en forma de mirada asesina por parte de esta.

—Dígame, Rosario, ¿por qué es habitual? —preguntó Olga.

—Pues no sé, hija. En este bloque suelen haber gritos y golpes de vez en cuando. Con el tiempo te acostumbras.

Olga suspiró. Un bloque de pisos de los de toda la vida, donde las discusiones domésticas nunca podían faltar.

—Dígame, ¿vio usted algo por la mirilla?

—¿Yo? Si no llego. —La mujer miró hacia Olga y, por un momento, se puso de puntillas todo lo que sus gastados tobillos le permitieron.

La subinspectora sonrió, le dio las gracias y se marchó. Antes de volver a la escena del crimen, ordenó:

—Si no tenéis ningún otro testigo relevante, hablad con Del Olmo y le decís que me llame. Voy a ver si los de criminalística me dejan husmear un poco más.

El inspector Del Olmo estaba tumbado en el sofá del salón de su casa. Tenía un pañuelo en la garganta y una bata de algodón del suave puesta como si fuera una camisa de fuerza. Los tiritones que pegaba le habían obligado a abrigarse, a pesar de la oposición de su mujer, que le insistía en que, con esa fiebre, era mejor que pasase un poco de frío. Él se destapa cuando ella estaba presente; en cuanto se marchaba a la habitación a trabajar, aprovechaba para abrigarse como un esquimal. Él era de origen norteño y el frío de la capital le resbalaba, por lo que no solía ponerse malo con frecuencia; pero cuando enfermaba, enfermaba de verdad. De cama de hospital casi.

Lo que peor llevaba era no poder colaborar con la nueva investigación que había llegado a su grupo de Homicidios, del que él se encargaba. Por una parte estaba tranquilo; había dejado el mando del equipo en muy buenas manos. Por otro lado, un investigador de homicidios encerrado en casa de forma forzosa nunca está bien. El cuerpo le pedía oficina y calle. Aunque muchas veces trabajaba desde casa, lo cierto es que la fiebre le tenía tan decaído que no procesaba bien la multitud de datos que tiene que procesar un investigador de crímenes contra las personas.

Se miró los pies, los tenía cubiertos por unos calcetines gordos de estar en casa, de esos que tienen puntitos de goma en la suela y que sustituyen a las típicas pantuflas. Alzó un poco más la vista y se encontró con su estantería de películas. En el estante más elevado divisó una de Stanley Kubrick que, unas semanas atrás, había marcado como revisionado obligatorio. Se fijó también en su modesta televisión de treinta y dos pulgadas, y en el DVD que había debajo.

Cuando se disponía a llamar a su mujer para que le hiciera el favor de poner la película, le pitó el teléfono. Sonrió.

A pesar de las insistencias del comisario Alamillos, que le había pedido que desconectara tres o cuatro días hasta recuperarse del todo, él decidió estar localizable por si Olga y el resto del equipo requerían de sus servicios. La fiebre le tenía sin ganas de risas, pero el hecho de que Toribio le escribiera le hizo sonreír. Sintió una punzada de orgullo cuando vio el mensaje.

«Aunque esté viejo y enfermo, me siguen buscando».

Algo así debió de pensar cuando la subinspectora había pedido


que se pusiera en contacto con ella.

El oficial encargado de las fotografías de la Científica tomaba instantáneas al cadáver del pobre Santiago. Olga siempre se había preguntado quién sería quien dentro de esos trajes de «astronauta»; procuraba fijarse en sus ojos, aunque no siempre lo conseguía. Había un par de agentes que llamaban su atención cuando iban de paisanos por la brigada; Beltrán era uno de ellos, precisamente por sus ojos grandes y de color oscuro. Sería por aquello de que buscamos lo opuesto a lo que somos: los ojos de la subinspectora eran claros y pequeños. Nunca se decidió a ir más allá de un saludo. En los dos levantamientos de cadáveres que había presenciado en los tres meses que llevaba en Homicidios, sí que había intercambiado impresiones con Beltrán, y con otra subinspectora «científica». Esas conversaciones eran escasas en palabras, y se remitían al informe final de la inspección ocular que subían al sistema, cuando terminaban de analizar todas las muestras y fotos de la escena del crimen.

Después del infructuoso interrogatorio a la vecina Rosario, Saavedra se puso de nuevo las calzas, los guantes y la funda para el pelo. Deambuló por el piso sin molestar. La subinspectora de criminalística había pedido al fotógrafo que captara imágenes de algo que había encontrado en la cocina. Olga no pudo ver lo que era; se impacientó porque el policía de la cámara saliera de allí, y la dejara inspeccionar por sí misma. De no ser por los guantes, se hubiera comido las uñas.

Por fin, el agente-fotógrafo se retiró, y antes de que guardaran lo que habían encontrado, pegó una voz.

—Subinspectora Torres, ¿me deja ver qué es eso?

Ángela Torres, de criminalística, no dijo nada. Tan solo extendió sus antebrazos, y le mostró una colección de anodinos objetos que podrían haberse hallado en cualquier casa de cualquier piso de periferia de cualquier localidad: dos etiquetas de precio de un bazar, una de ellas sobre un trozo de plástico transparente y desgarrado, un paquete de bridas vacío a excepción de dos de estos curiosos artilugios que podían usarse para fines loables… y no tan loables. Y, para rematar el hallazgo: una bolsa que verde que, en teoría, transportó esos objetos. Santiago Vargas podría haber dado fe de esto último. Si estuviera vivo, claro.

—¿Dónde estaba todo esto?

—En la basura. Encima del resto de desechos.

—Eso quiere decir que el culpable lo ha traído…

—Eso es cosa suya, subinspectora, yo me voy a limitar a ver si encuentro huellas.

Olga se lo agradeció, y le pidió que lo sujetara para hacer una foto.

En ese momento sonó el teléfono. Olga Saavedra puso los ojos en blanco y se acordó de la familia de más de uno.

—¿Qué quieres, Del Olmo? —protestó Olga. Como respuesta recibió una tos profunda, de esas que salen del pecho y te hacen preocuparte de la salud del que tose.

—¿Yo? Si eres tú quien me ha pedido que te llame.

Olga estaba molesta por la interrupción en el momento clave de hacer la foto. La subinspectora de la científica se marchó con los objetos, no sin antes haber prometido que tendría la imágenes con alta calidad en el informe.

—A ver. Tu amigo Paz dice que…

Otro golpe de tos del inspector la interrumpió.

—Perdona —se disculpó Del Olmo después de unos segundos—. Escucha, Paz no es mi amigo, solo un compañero de muchos años…

—Lo que tú digas. Dice que el finado no ha muerto por las heridas, sino por algo que no ha querido contarme. Me ha puesto la excusa de que tiene que hacerle más pruebas en el anatómico, y no se qué…

El inspector hizo el amago de toser, pero consiguió controlarse.

—Te está poniendo a prueba.

—Pues que se deje de tonterías y colabore.

—¿Quiere que lo llame?

—Claro, por eso estamos hablando.

—De acuerdo. ¿Del resto me cuentas algo más?

—Han aparecido unos elementos raros en la cocina del piso.

—¿Qué elementos?

—Cuando los de criminalística me pasen el informe, te lo mando por mensaje. Necesito verlo y analizarlo.

—De acuerdo, mantenme al día.

El inspector se dispuso a colgar, no sin antes emitir otro golpe de tos profundo.

—Del Olmo…

—¿Qué?

—Vete al médico, hombre, a ver si va a ser la Covid.

—Gracias, subinspectora. Hablamos.

Olga Saavedra estaba a punto de marcharse de la escena del crimen cuando escuchó una voz de un policía de criminalística proveniente de la habitación. Hacía mención a un cuchillo. Allí que se dirigió la subinspectora con la intención de recabar más datos.

—Perdón, he oído algo de un arma blanca.

El inspector Beltrán le enseñó un cuchillo jamonero despuntado sin rastros de sangre; después le enseño otro cuchillo de cocina más grande, aplanado, también sin sangre. Los habían metido en dos bolsas transparentes para no contaminarlos. Ante el gesto de extrañeza de la subinspectora le señaló con el dedo el hueco de la caja fuerte. Y se acercó para explicárselo mejor.

—Mira —dijo el policía científico, al tiempo que tomaba la bolsa con el cuchillo y lo situaba en posición perpendicular a la pared— ¿Ves estas rajas en la pared? —La subinspectora afirmó como una alumna aplicada— Parece que las hojas de estos cuchillos coinciden con esas marcas en la pared. Tienen pinta de haber sido provocadas por estos dos cuchillos. Los hemos encontrado dentro del hueco del pladur, donde en teoría se han llevado la caja fuerte o lo que sea que hubiera aquí.

Olga tuvo la tentación de sonreír. ¿Cómo era posible que hubieran arrancado una caja fuerte de la pared con un cuchillo jamonero y otro de cocina? Se acordó de que estaba en una escena criminal, y lo evitó. Se fijó en los ojos de Beltrán, que sí parecía sonreír bajo la mascarilla.

Al menos, el móvil del crimen estaba bastante claro.

Olga llegó a su apartamento con la firma intención de descansar por lo menos dos horas.

El juez había delgado el levantamiento del cadáver en el forense Leonardo Paz. Mientras los de criminalística terminaban su informe, y la funeraria trasladaba el cuerpo al anatómico forense, tenía tiempo de sobra para descansar unas horas. Llevaba despierta desde las cinco de la mañana, y la noche anterior se había acostado a la una, terminando de escribir el perfil de un famoso asesino en serie estadounidense. Le gustaba estudiar casos de otras partes del mundo, redactar el perfil criminal de los victimarios y analizarlo.

«Aficiones que tiene una».

Se tumbó en el sofá, y se tapó con una manta forrada con «borrego» (sintético, claro). Procuraba ahorrar en calefacción por aquello del cambio climático —y por la factura de la luz—.

Cerró los ojos, y a su mente acudieron imágenes de la casa de Santiago Vargas: el propio cuerpo sin vida de la víctima con las laceraciones provocadas por arma blanca, el hueco de la pared del armario, una caja fuerte inventada por su imaginación, los cuchillos y…

El pitido de su teléfono móvil la despertó del duermevela en el que llevaba escasos quince minutos.

—Dime, Toribio, dime —dijo la subinspectora, exhausta.

—Saavedra, tienes que venir a la brigada.

—¿Qué pasa?

—Tengo aquí a la familia de Santiago Vargas.

Olga pegó un brinco del sofá. Se calzó tan rápido que se le dobló el dedo meñique, lo que le provocó una punzada de dolor. Pero más dolor le provocó un mensaje que le llegó al móvil en ese momento. Era un mensaje de una persona de la que no quería saber nada.

Y menos en un momento tan tenso de su primera investigación al frente del caso.

Mariana Vargas se tapaba la cara con las manos y lloraba con desconsuelo. A su lado, su marido, Rigoberto López, abrazaba a su mujer y trataba de consolarla. Ambos estaban en la sala de entrevistas de la brigada de Homicidios. Una sala donde los policías de diferentes departamentos del Cuerpo tomaban café y se reunían de forma informal. También la usaban para este tipo de entrevistas con personas relacionadas con las investigaciones que no tuvieran condición de sospechosos.

Prima y primo político eran colombianos, al igual que la víctima; ambos proferían algunos rezos entre el llanto de una y el consuelo del otro.

Olga Saavedra y Lucas Toribio, sentados al otro lado de la mesa, esperaban a que la mujer se calmase. Ella era la prima de Santiago Vargas, la única familiar directa que tenía en España.

—¿Y ahora qué le digo yo a mi tía? —logró decir Mariana entre hipido e hipido.

—Nos hacemos cargo de lo complicado de la situación, Mariana —dijo Olga—, pero necesito que me facilite los datos que le hemos pedido para avanzar en nuestra investigación, y detener al que le haya hecho eso a su primo.

Los dos policías de Homicidios habían solicitado a la prima del finado toda la información relevante que tuvieran de él: números de teléfono, direcciones, situación económica, amistades, etc.

—Discúlpenla, es que quería mucho a su primo —intervino Rigoberto—. Yo puedo ayudarles; Santiago fue mi socio hace unos dos años.

La palabra «socio» hizo saltar las alarmas internas de Olga. Las relaciones comerciales muchas veces derivan en enemistades irreparables. Ya se sabe: el vil metal.

—Gracias, Rigoberto. Proceda entonces.

El primo político contó los pormenores de la vida de Santi: sin amistades reales, solo conocidos; de la oficina a casa y de casa a la oficina; y trabajo, mucho trabajo. También narró su sociedad

comercial: tres años atrás habían montado una inmobiliaria enfocada a personas inmigrantes. Santiago aportó la mayor parte del capital, y Rigoberto la mayor parte del trabajo. El primer año les fue muy bien, «demasiado bien» afirmó Rigoberto.

—Pero después los clientes empezaron a faltar, y también el dinero a fin de mes.

—¿Qué quiere decir, Rigoberto?

El interrogado puso la mano en el hombro a su mujer, que seguía con la cabeza gacha y llorando. La acarició y se dispuso a hablar.

En ese momento entró en la sala el oficial Insausti que miró a Olga e hizo un gesto con la cabeza.

—¿Ahora, Sergio? —protestó la subinspectora.

—Es importante.

La subinspectora caminaba de un lado a otro de la sala de la brigada de Homicidios. Una anodina sala del gigantesco complejo policial de Canillas, en la que los policías trabajaban en sendos escritorios como si fueran oficinistas. Sus escritorios, además del ordenador pertinente, estaban atestados de documentos, de pósits con notas y de tazas y termos con café. Las paredes de la estancia también estaban cubiertas de papeles, fotos de delincuentes y varias pizarras con diagramas de casos en curso.

—Así que Santiago era un delincuente —dijo Toribio

—Toribio, por favor… —protestó Amaya, la policía con menor rango del grupo.

Insausti había localizado una condena en el expediente de Vargas, por estafas, dos años atrás.

—Subinspector, ¿me puede hacer el favor de llamar a *Listín*? —pidió Olga.

Lucas Toribio cogió su móvil, y llamó a Luis (*Listín*, para la brigada de Homicidios), el subinspector más eficaz en los asuntos tecnológicos en el grupo.

—Dice que viene en breve. ¿Qué le quieres?

—Ya sabes, que trace posiciones de teléfono.

—Eso lo podemos ir haciendo nosotros, jefa ¿Qué tiene que ver eso ahora con que Santiago Vargas resultara condenado por estafa y blanqueo de capitales? —preguntó Insausti.

—No me llames jefa, haz el favor, Sergio —contestó de mal humor la subinspectora—. No tiene nada que ver. Simplemente necesitamos avanzar. Esta gente dice que Vargas no tenía más familia aquí, y que no tenía amigos. Solo les tenemos a ellos.

—También a una empleada, la que nos llamó —apuntó Toribio —Dolores Esteban.

—Localizadla. Y también habría que preguntar a más comerciantes de la zona donde tenía la inmobiliaria. Sus primos no

tienen por qué conocer todos los detalles de su vida.

Olga movía los pies hacia arriba y hacia abajo. En esa ocasión no tenía guantes, así que sus uñas fueron objeto de un par de mordiscos. El hecho de que el fallecido fuera condenado por negocios turbios complicaba, aún más, la investigación.

—Vamos a llamar a las personas a las que estafó. En el informe que has traído, Sergio, ¿figuran los datos de todos?

—Sí, Olga.

—Venga, Amaya y tú os encargáis. ¿Vale? Al primo también habría que investigarlo. Cuando se rompen los negocios es factible que haya deudas u otro tipo de problemas. ¿Te encargas, Lucas?

Subinspector, policía y oficial afirmaron, y se dispusieron a acometer la tarea ordenada por la subinspectora.

Olga Saavedra marcó el teléfono de alguien que necesitaba que estuviera allí, a su lado. Al fin y al cabo, ella era solo una novata a la que habían puesto al cargo, quizá algo antes de tiempo, pensó.

Sofía miró el termómetro. Marcaba treinta y siete grados con tres décimas.

—Bueno, hoy estás un poco mejor, ¿no?

—Si tú lo dices, yo siento como si me hubieran pegado una paliza.

—Pues anda que yo, ese sofá me tiene destrozada la espalda.

La mujer del inspector Del Olmo había pasado la segunda noche en el sofá. Un sofá que, si bien no era incómodo, no estaba destinado a albergar un cuerpo de más de metro setenta de altura, y sesenta y cinco kilos de peso. La tos de su marido no era compatible con conciliar el sueño. Además, llevaba dos días con mascarilla. Las ojeras que decoraban su rostro estaban al borde de la tonalidad azul, y había empezado a arrastrar los pies por la casa y a apoyarse en sillas y resto del mobiliario más de lo debido en una mujer de cuarenta y cinco años. La falta de horas de sueño se le agarraron al ánimo y a su energía como una sanguijuela a la piel de un aventurero amazónico.

—Ya te he dicho que tendrías que haber cogido a los niños y haberte ido donde tu madre.

—Claro, y tú te cuidas solito, ¿no? Dices unas tonterías a veces…

Del Olmo se quedó cortado como un quinceañero al que le da calabazas la chica que le gusta. La verdad era que nunca se le había dado bien cuidarse a sí mismo. Se fijó en su mujer, seguía muy enamorado de ella, y, al menos él lo creía así, en ella era recíproco. Algo extraño en un policía de Homicidios que, de las veinticuatro horas que tiene el día, pasaba, al menos, quince fuera del domicilio familiar.

—¡Qué guapa estás hoy, Sofi! —dijo el inspector con los ojos clavados en el trasero de su esposa.

—No me hagas la pelota que no me voy a acercar a ti —Del Olmo extendió sus brazos, y agarró del culo a su mujer, que se asustó ante lo inesperado de la situación, y le pegó un manotazo. El policía se quejó y ella sonrió—. Sí que estás mejor sí.

El inspector estaba secuestrado por el sofá, y su mujer clavó sus ojos en él en forma de veto: ni se te ocurra hacer esfuerzos para tocarme el culo, decía su mirada.

En ese instante sonó el teléfono. Sofía se fijó en la pantalla.

—Tu amiga, la subinspectora.

—Estáis ya interrogando a los estafados, ¿no?

—Insausti y Solís los están citando.

—¿Cuántos son?

—Tres.

—¿Colombianos?

—Un ecuatoriano, una colombiana y un español.

—Parece un chiste.

—No digas estupideces, Del Olmo. No está la cosa para bromas —Olga escuchó a lo lejos una tos. El inspector parecía haber retirado el teléfono con la intención de no molestarla—. ¿Estás mejor?

—Algo.

—¿Cuándo vendrás a la brigada?

—No lo sé, espero que pasado mañana pueda ir. ¿Cómo vas a proceder?

—*Listín* está de camino. Vamos a trazar posiciones de teléfono de los estafados, y de las personas de su entorno. El marido de la prima es susceptible de ser sospechoso.

La subinspectora explicó el negocio fallido de la víctima y Rigoberto. Del Olmo le dijo que iba por el buen camino.

—¿Estás bien, subinspectora?

—Todo lo bien que puede estar una investigadora novata al frente de un caso de homicidio. ¿Por qué no se lo has encargado a Toribio?

Del Olmo calló por unos instantes.

—Así está todo en orden, cualquier cosa me vuelves a llamar. —sentenció el inspector—. Hasta pronto, Olga.

La subinspectora no se despidió: siguió con el teléfono pegado a


la oreja, incluso cuando Del Olmo ya había colgado.

Leo Paz cubrió con una manta el cuerpo sin vida de Santiago Vargas. Con parsimonia y dedicación monacal, cogió los utensilios que había usado para diseccionar el cuerpo, y estudiar su interior: sierra, bisturí, espátulas… y los fue limpiando uno a uno.

La subinspectora Saavedra y la policía Solís entraron en la sala y, con un escueto «Buenos días», solicitaron el informe de la autopsia. La sala forense era muy similar a la que aparecía en las películas: con paredes alicatadas de azulejos blancos del siglo pasado, varias camillas metálicas en las que reposaban los cadáveres y un tufo característico que tarda en olvidarse.

—Ya les tengo dicho que no es necesario que vengan aquí si yo no les requiero. Les subiré el informe al sistema muy pronto.

—Lo sabemos, doctor. Pero nos corre un poquito de prisa.

—Las prisas no son buenas consejeras, subinspectora.

Paz hablaba sin dirigirles la mirada. Hacía empeños en demostrar su indiferencia y apatía ante las mujeres policía. Olga había emitido un juicio sobre su perfil psicológico: misógino de manual.

—Doctor Paz. Haga usted el favor de darnos un poquito de cancha —intervino la policía Solís—. Se nos ha complicado el caso, y los dos inspectores al mando están de baja. No nos ponga en evidencia delante del comisario, que bastante tenemos ya.

Amaya llevaba más tiempo en la brigada que Olga. Tres años más, para ser exactos. A pesar de esto, no había coincidido con el forense más que en un par de ocasiones y, por supuesto, este no la había hecho ni puto caso. Sin embargo, algo tuvo que causar impresión en él, quizá la mención —más que intencionada— al comisario; o quizá fuera otra cosa lo que hizo que Leo Paz mirara a la cara a la policía e, incluso, se permitiera un amago de sonrisa.

—El finado murió de un paro cardíaco.

—¡¿Un infarto?! —exclamó Olga.

—Algo detuvo su corazón, subinspectora. No queda claro si fue un infarto, el estado de su corazón no es determinante para dar como

certera esa hipótesis. Aunque es probable. He visto infartos agudos de miocardio con paredes poco engrosadas, como esta. A veces el corazón se detiene sin una causa clara del porqué.

—¿Entonces? —insistió la subinspectora.

Paz volvió a mirarla como la miró en la casa de Santiago Vargas. De nuevo la ponía a prueba con la intención de rebajarla. Olga apretó los puños y los pies contra el suelo ante la ausencia de respuesta por parte del médico.

Amaya se acercó al cadáver y levantó la manta quirúrgica que lo cubría. Paz intentó frenarla, pero ya era demasiado tarde.

—El tipo está gordo. Lo mismo le dio un chungo, ¿no, doctor?

A Paz parecía hacerle gracia el desparpajo de aquella policía.

—Si con «chungo» se refiere a que su sistema cardiaco colapsó, sí. Pero no creo que fuera por la obesidad, sus arterias no están lo suficientemente endurecidas para presentar una aterosclerosis.

—Gracias, doctor. Súbanos el informe lo antes posible —dijo Amaya, que tomó a Olga del brazo, y la sacó de allí medio a empujones.

Cuando llegaron al pasillo, Solís puso las manos en los hombros de la subinspectora (tuvo que ponerse casi de puntillas). La miró a los ojos.

—Olga, llama a Del Olmo.

Si había algo que la subinspectora Saavedra no quería hacer en ese momento, era marcar el número del inspector.

Otra vez.

Olga estaba sentada en su escritorio de la brigada. Había sentido tentaciones de trabajar desde el despacho de Del Olmo (él mismo la había autorizado a ello). No lo vio procedente, no era la jefa de nadie.

Revisó hasta por veinte veces todas y cada una las fotografías de los cortes en el cuerpo de Santiago Vargas. Después leyó el informe del doctor Paz otras tantas veces.

«Muerte por paro cardíaco».

«Paro cardíaco».

Recordó la conversación que Leonardo Paz tuvo con la policía Solís.

«Arterias no están lo suficientemente endurecidas para presentar una aterosclerosis»

«…no signos de aterosclerosis…»

Leyó, y releyó el informe de criminalística:

«…La cadena de seguridad de la puerta blindada del domicilio estaba echada por dentro. Además, el sujeto yacía recostado de espaldas sobre la puerta de entrada. Ambas cosas dificultaron el acceso a la vivienda. […] Las ventanas estaban cerradas, los balcones de las viviendas colindantes tienen la terraza cerrada; al tratarse de un quinto piso no hay apenas posibilidad de que el culpable haya escapado por el balcón[…] No sabemos cómo pudo acceder el asaltante o los asaltantes, ni cómo se marchó del lugar. Los cuchillos encontrados no presentan marcas de huellas dactilares; tampoco tienen restos de sangre […] No hay huellas de pisadas, existe la apariencia de que alguien fregó todo antes de marcharse de la escena del crimen, hay minúsculos trazos de sangre en la fregona que coinciden con la del finado […] Encontramos unos objetos extraños, se ha hallado una huella parcial de lo que parece un pulgar en uno de ellos, una bolsa verde […]».

Saavedra también revisó las fotos de criminalística; además de las del cadáver hizo especial hincapié en esos objetos extraños: las imágenes de las bridas y de las etiquetas. Y en las marcas que esas bridas habían dejado en las muñecas y los tobillos de Vargas.

«Cadena de seguridad echada»

«Paro cardiaco»

«No aterosclerosis»

«No restos de sangre en cuchillos»

La cara de la subinspectora se iluminó como si hubiera llegado a su cerebro el «elemental, querido Watson» de Sherlock Holmes.

Cogió tan rápido su teléfono móvil, que casi se le cae al suelo antes de marcar.

El comisario Alamillos era un veterano en la UDEV central. Muchísima experiencia y sobrado temperamento que, juntos, hacían de él un buen policía. Un buen comisario que sabía cuándo debía usar la mano dura con sus subordinados, y cuándo debía templar sus órdenes. Era un hombre de más de sesenta años que, por la forma en la que se cuidaba, aparentaba muchos menos: gimnasio, buena dieta y un pelazo con muy pocas canas envidia del Complejo Policial de Canillas. Aunque casi todo el mundo pensaba que su perilla no le favorecía.

—Así que lo torturaron y lo sometieron a tal estrés para que les abriera la caja fuerte, que le dio un infarto al momento de marcharse los asaltantes de su vivienda. ¿Cree usted de verdad que le dio el tiempo justo a echar la cadenita de seguridad antes de caer redondo?

—Paro cardiaco, como dice Paz. Sí, todo apunta a ello, y por esa cadenita lo hemos llamado Operación Pessulum —dijo Saavedra.

—¿Pessulum?

—Pestillo en latín, mi comisario —apuntó *Listín* que también estaba allí junto al resto de miembros del grupo.

El comisario arrugó el gesto, quizá no le hizo gracia que Luis, por muy «*Listín*» que fuera, le sacara de su ignorancia.

—Del Olmo apoya mi teoría, señor comisario.

—Entonces, ¿estamos buscando a ladrones a los que se le fue la mano y no a asesinos, subinspectora?

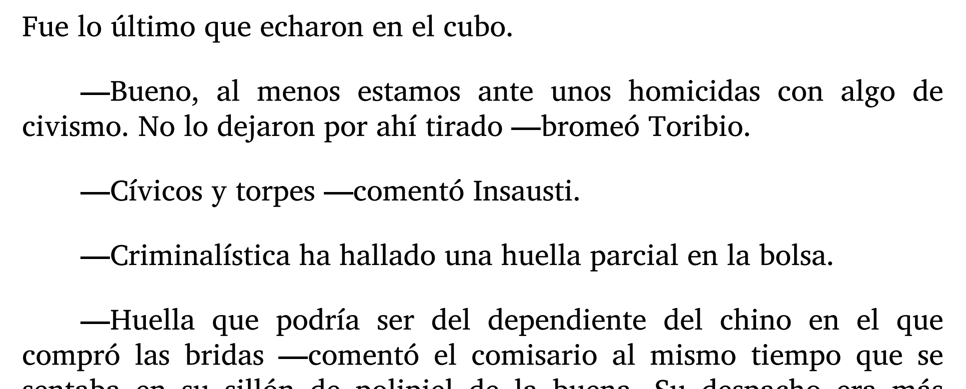
—Dejémoslo en homicidas.

—Dejémoslo, pues —concedió el comisario—. ¿Qué tiene para mí?

Olga le entregó un informe a él, y al resto del equipo. Todos lo abrieron, y lo echaron un vistazo.

—¿Por qué la primera foto es la de estas etiquetas y estas bridas, subinspectora?

—Esos objetos aparecieron en la basura de la casa de la víctima.



Fue lo último que echaron en el cubo.

—Bueno, al menos estamos ante unos homicidas con algo de civismo. No lo dejaron por ahí tirado —bromeó Toribio.

—Cívicos y torpes —comentó Insausti.

—Criminalística ha hallado una huella parcial en la bolsa.

—Huella que podría ser del dependiente del chino en el que compró las bridas —comentó el comisario al mismo tiempo que se sentaba en su sillón de polipiel de la buena. Su despacho era más grande que la sala de la Brigada de Homicidios. Lleno de condecoraciones, banderas y libros de historia de la policía, disponía de una amplia mesa de pino macizo que presenciaba reuniones con las altas esferas de Cuerpo Nacional de Policía, y también con curritos de las diferentes Brigada de Delitos Contra las personas.

—Gracias por mencionar lo del chino, señor comisario —apuntó Olga—. Ahí está la clave: en las etiquetas figura el identificativo «bazar». Tenemos que averiguar el bazar en el que se compraron estos objetos, todo apunta a que es un local chino. Si lo encontramos, encontraremos al culpable.

El comisario Alamillos sonrió. Una sonrisa que no agradó a la subinspectora por el tono cínico de la misma. Tono que confirmaron sus siguientes palabras.

—Luis, ¿cuántos bazares chinos hay en Madrid?

—¿Me lo pregunta usted en serio? —respondió *Listín*.

—Muy en serio.

—No lo sé, tendría que consultarlo.

—Hágalo, por favor. Y después le pasa el dato a la subinspectora.

—Señor comisario. No soy tan tonta para no saber que hay muchísimas tiendas de chinos. Y ya tengo una lista de las del barrio y del distrito de la víctima.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar que lo pueden haber comprado en otro bazar muy lejos de allí? Sería lo lógico.

—Como bien ha dicho el oficial Insausti, el hecho de que hayan dejado la bolsa, las etiquetas y las bridas que les sobraron en la casa

de la víctima no les otorga una especial sagacidad al culpable o culpables. Por no hablar de cómo se llevaron la caja fuerte…

El comisario se quedó callado ante el bofetón de realidad que le había propinado la subinspectora.

—Luis, el juez ya tramitó la orden a las teleoperadoras para que te pasen los datos para rastrear las posiciones de los móviles de los allegados, ¿verdad?

—Sí, mi comisario…

—Y ninguno de ellos estuvo en la escena del crimen la noche de la data de la muerte que nos ha pasado el forense —interrumpió Olga para hacer valer su autoridad—. Rigoberto, el marido de la prima, estuvo en un bar viendo el fútbol. Lo corrobora el dueño del local. La mujer se quedó en casa con una amiga, nos ha dado su teléfono, y corrobora, también, la coartada.

—¿Y qué hay de los estafados?

Olga se quedó callada unos instantes antes de proseguir.

—Estoy en ello, comisario.

—Bien, subinspectora. ¿Han interrogado ya a estas tres personas?

—Esta misma tarde tenemos una cita con dos de ellos. El tercero está fuera del país.

—Qué oportuno. Cuando los hayan interrogado, y Luis haya sacado las posiciones de todos —el comisario marcó bien la palabra «todos»—, vuelvan a visitarme.

—Señor comisario, ¿y lo de los bazares? —replicó Olga con cierta exigencia en su tono.

—Cuando vuelvan a verme lo hablamos. Pueden retirarse.

La subinspectora tensó el gesto, e intentó hablar otra vez, pero la mano de la policía Solís, posada con firmeza sobre su hombro, se lo impidió. La mirada de Insausti, también.

—Olga, no te sulfures —dijo Del Olmo por teléfono.

—Es que no basta con que Paz me toque la moral, ahora el comisario también está en mi contra.

—No está en tu contra, no inventes, Olga. Si eres su niña bonita. Recuerda cómo te subió a las nubes después del caso VERTE.

—Sí, como secundaria me sube a las nubes, como responsable… ¿Cuándo vuelves?

—Pues ya el lunes, estoy mejor, pero me cuesta respirar aún. Mañana es viernes, así que me espero.

—¿Qué piensas de lo de los chinos?

—Que ambos tenéis razón.

Olga se quedó callada. Quizá no había valorado el ingente trabajo que supondría investigar las centenas de bazares chinos en Madrid (o incluso en España). Por muy torpes que fueran los asesinos/homicidas era poco probable que hubieran cometido dos torpezas. En el momento del asalto a la casa de Vargas, el estrés, el temor a ser descubiertos y, ¿por qué no?, el miedo a hacer daño a otra persona, pudo bloquear al culpable, y que se le hubieran olvidado las etiquetas y las bridas sobrantes, y sobre todo, la bolsa con una huella parcial.

—Del Olmo, ¿por qué crees que tiraron la bolsa con las etiquetas y las bridas al cubo de la basura?

Del Olmo caviló por unos segundos. Finalmente se decidió a hablar:

—Solo se me ocurre que hubieran dos personas que no se coordinaron

—Yo estoy convencida de que han sido, al menos, dos personas. Uno se encargó de atarlo y torturarlo, y el otro de vigilar, de ayudar y de limpiar. Los de la Científica admiten que hay rastros de haber limpiado la cocina, donde apareció la bolsa.

—Te lo compro. —Un pequeño golpe de tos interrumpió al inspector—. Y ahora haz el favor de hacer caso al comisario. Interroga

a las personas estafadas por Santiago Vargas, y dale caña a *Listín* para que trace las posiciones de los móviles de conocidos y familia.

—Y si no sacamos nada me pongo con lo de los bazares. —Del Olmo calló—. ¿Qué pasa, inspector?

—Que no te adelantes a los acontecimientos. Trabaja sobre seguro. Sigue el protocolo, y céntrate en lo que estás haciendo. No hagas cuentos de la lechera.

La subinspectora se despidió con un «vale, gracias». No le molestó lo que le acababa de decir Del Olmo, solo que estaba impaciente por continuar con su trabajo. Se puso a teclear en su ordenador ante la atenta mirada del grupo, que no había perdido detalle de la conversación con el inspector.

¿La estaban juzgando?

Alberto Miranda, natural de Quito, estaba sentado frente a la mesa del despacho informal de la brigada. El hombre miraba, con curiosidad, a los pósteres de películas y cuadros famosos que había colgados. Se le intuían ganas de preguntar cosas. Aunque él no estaba allí para hacer preguntas, todo lo contrario.

—¿Cuánto dinero le estafó Santiago Vargas? —intervino la subinspectora Saavedra.

—¿Estafar? —Se sorprendió Alberto—. Mire usted, mi señora. Vargas es un poco huevón; perdí dos meses de fianza, pero no sé yo si eso es una estafa. Se lo conté al juez y al abogado. Yo solo quería que me devolvieran el dinero que le adelanté.

—Entonces, ¿no cree que Santiago lo estafara?

—El juez lo condenó por estafa, pero yo siempre digo la verdad, mi señora. Vargas, después del juicio, me consiguió un piso muy baratico. No me cobró comisión ni nada. Me pidió perdón muchas veces.

Lucas Toribio se fijó en Olga, que tomaba notas en su teléfono móvil. No dejaba de clavar sus ojos en ella, ¿dudaba si debía intervenir?

—¿Sabe usted por qué está aquí? —Al final, Lucas se decidió.

—Me dijeron que tenían que hacerme unas preguntas sobre el juicio que tuve con Santiago Vargas hace dos años.

—Sí, señor Miranda. Estamos revisando el caso, precisamente nos consta que pudo haber irregularidades.

—Pero ¿me van a quitar la indemnización?

—No se preocupe, claro que no —Olga le dio una ligera patada a Toribio.

La mirada que Olga le echó al subinspector decía algo así como: «ahórrale el disgusto al hombre, no es necesario».

—Eh… No se preocupe por eso. Simplemente queríamos comprobar unas cosas del juicio. ¿Se reitera usted en que Vargas no le

estafó?

Miranda le repitió lo mismo, con infinita paciencia, a Lucas. El subinspector le dio las gracias al «no estafado» y, cuando terminó, preguntó con la mirada a Olga, que cerró los ojos de forma afirmativa, e invitó al interrogado a marcharse.

Alberto Miranda obedeció y, antes de abandonar la sala, se volvió hacia los guardias.

—Ya les digo que es Vargas es un poco pendejo, pero no creo yo que sea un estafador o un delincuente. Si me contó una vez que allá en su país todo el mundo le tomaba por tonto por no querer sacarse platica extra con las mafias del narco. Y que por eso se vino a España.

Olga apuntó en el móvil el hecho de que hablara de la víctima, tan bien hablado, en presente. Lucas intentó cotillear sus notas, pero la subinspectora se tapó como se tapaba el niño empollón en los exámenes del cole. Aunque tampoco hacía falta ocultar nada, ella no esperaba sacar mucho de esas tres supuestas estafas; estaba en otras tareas que la motivaban más.

A primera hora del a mañana Olga entró en el descomunal despacho del comisario como si lo hiciera en la recta final de meta de una carrera de larga distancia: exhausta pero con velocidad. Le «tiró» otro informe a Alamillos, que se sorprendió ante la vehemencia de la subinspectora.

—Las posiciones de los móviles de los tres supuestos estafados, ni de nadie del entorno cercano de la víctima, indican que estuvieran en el lugar del crimen la noche de autos.

—¿Supuestos?

—Por lo visto hubo irregularidades en su juicio. Uno de los dos testigos que hemos interrogado dice que no se sintió estafado, sino que piensa que Vargas era un tipo inútil con la gestión de su empresa. La otra —el día anterior también habían interrogado a la segunda testigo— declara que se dejó guiar por su abogado, y consiguió una buena indemnización. Con el tercero no somos capaces de contactar. En su trabajo nos han comunicado que se pidió una excedencia hace dos meses y se marchó de mochilero.

El comisario se tocaba la perilla mientras leía el informe.

—¿La prima, el marido de la prima, y su empleada son las únicas personas del entorno de Vargas?

—El tipo iba de la inmobiliaria al trabajo y del trabajo a casa.

—¿Otra inmobiliaria?

—Sí, disolvió la sociedad con su primo político después del juicio, y se montó una por su cuenta. Torpe, pero constante —dijo Toribio que había entrado detrás de la subinspectora—. Su señoría nos autorizó ayer a intervenir sus cuentas. Hemos investigado y le daba un sueldo para vivir, sin lujos y quizá ahorrar algo. En Colombia solo le quedaba su madre, a la que mandaba de vez en cuando algún dinerillo, poco. Unos meses cien euros, otros cincuenta.

—Entonces ¿por qué le asaltaron para robarlo? Se supone que el que lo hizo sabía que allí habría una caja fuerte.

—Porque lo mismo alguien se pensó que sí tenía pasta por ser el

dueño de una inmobiliaria.

—¿Y del primo? ¿No lo han investigado a fondo?

—En el juicio él salió también perjudicado, pero no lo condenaron. Solo Santiago. En la disolución de la sociedad no hubo disputas. Además, la coartada de la prima y la de su marido son firmes.

—¿Y la empleada qué dice?

—Todavía no la hemos podido entrevistar, está en el hospital. Le entró una crisis de ansiedad cuando se enteró, y la han tenido que sedar y todo.

—¿Eran pareja?

—No lo sabemos —afirmó Toribio.

—Llame usted al hospital y pregunte cómo está, subinspector.

—Comisario, con el debido respeto —interrumpió Olga—. Hemos terminado con todo lo que tenemos; hasta que la empleada no se recupere, no podemos hacer nada más. —El comisario observó a la subinspectora con recelo—. Por esta vía, pero hay otras.

La noche anterior.

Olga marcó el teléfono del subinspector Del Olmo con dudas. Dudas acerca de si estaría siendo pesada; dudas sobre si estaba en lo cierto en los pasos a seguir en la investigación; y, sobre todo, dudas acerca de su liderazgo en el grupo de Homicidios.

—¿Cuándo vuelve Morcillo? —preguntó Olga.

—Ni idea, ¿para qué quieres ahora al inspector jefe?

—Ya que mi otro «inspector jefe» no está, necesito al titular del puesto.

—Olga, tanto yo como el comisario confiamos en ti. Tu actuación en la brigada hasta ahora ha sido sobresaliente. ¿Puedes hacer el favor de relajarte?

La subinspectora tomó un par de inspiraciones, como si hubiera obedecido al inspector.

—Voy a enfocarme en la bolsa, las etiquetas y las bridas. Y voy a buscar ese maldito bazar chino. Es la única vía que tenemos ahora mismo.

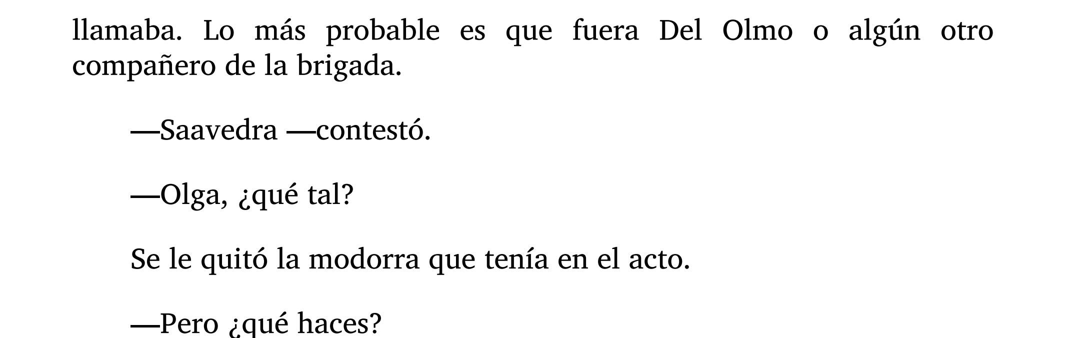
—Tendrás que currártelo mucho con el comisario. ¿Tienes alguna estrategia?

—No, la verdad. ¿Qué me sugieres?

Del Olmo se rascó el costado. Le picaba, no sabía el porqué. Cuando se resfriaba le subían unos picores extraños por el costado izquierdo. Alguna vez le dio por pensar —hipocondríacamente— que estaba a punto de infartarse. Y justo esto fue lo que le llevó a darle un consejo a la subinspectora que, en un principio, no le pareció apropiado.

Después, en la soledad de su apartamento, y de su insomnio, sí. Con algunos cambios y matices. Ya tenía la estrategia que plantearía al comisario al día siguiente y se disponía a dormir tranquila.

La tranquilidad le duró poco. Su móvil pitó justo cuando estaba cayendo dormida, y ella lo cogió sin prestar atención a quién la



llamaba. Lo más probable es que fuera Del Olmo o algún otro compañero de la brigada.

—Saavedra —contestó.

—Olga, ¿qué tal?

Se le quitó la modorra que tenía en el acto.

—Pero ¿qué haces?

Colgó.

El móvil volvió a sonar. Tuvo la tentación de apagarlo, pero no podía hacerlo. En mitad de un caso tan importante para ella, su deber era estar disponible 24/7.

—Olga, por favor, no me cuelgues…

—Escucha, gilipollas. Necesito la línea libre ya mismo, ahora no tengo tiempo para tu mierda.

—Por favor, déjame hablar.

—Escúchame bien: no me vuelvas a llamar. Te lo pido por las buenas. No me obligues a hacerlo por las malas.

—¿Me estás amenazando? —La subinspectora se quedó cortada. El tipo osaba a preguntar si su advertencia era una amenaza. ¡Una amenaza! Esa palabra la conocía él bien—. Olga, solo te pido una última oportunidad. Tomamos un capuchino y charlamos. Media hora, nada más. Te lo ruego.

—David, última advertencia. No me obligues a hacer algo tan desagradable como lo que puedo hacer. Te lo suplico por los viejos tiempos. Ahora voy a colgar, y no me vas a volver a llamar en tu vida. Adiós.

—Eres lo…

No le dio tiempo a escuchar la protesta o el insulto al otro lado del teléfono. Para una noche que podía dormir medio tranquila desde que empezó al caso, se la había arruinado.

X



El comisario se dejó caer a plomo sobre la gran silla rotatoria de su despacho.

—Por la cara que pone, y por la seguridad con que me acaba de exponer esta… no sé ni cómo calificarlo… Esto. —Se tomó una pausa —. Va usted en serio.

—No me permitiría ir con bromas o titubeos, señor comisario.

—Y es consciente de que puede tener repercusión mediática negativa, ¿verdad?

—Lo soy, y antes de que formule la siguiente pregunta: sí, estoy convencida de que nos ayudará. Y que habrá trabajo, pero será mucho menor que ir puerta por puerta de todos los bazares de la Comunidad de Madrid, o de España. Porque cabe la posibilidad de que los culpables vengan de fuera.

—Culpables en plural.

—Sin duda, uno ejecutaba y el otro colaboraba. Está todo en mi informe, señor comisario.

—Sí, sí, lo he leído, lo he leído. Solo estoy haciendo preguntas retóricas, subinspectora.

—¿Y bien?

—¿Del Olmo qué le ha dicho?

—Fue idea suya.

—¡¿Cómo? !

—Él me dio una idea, yo la maduré y es lo que le estoy planteando ahora mismo. Luis dice que podría hacer una criba de todos los emails que recibamos basados en la ip.

—¿Cómo en la ip?

—Que podría cribar los que tengan una ip perteneciente a la Comunidad de Madrid.

—Eso nos ahorraría muchas horas de trabajo, señor comisario —interviene *Listín* al que Olga se ha llevado de «guardaespaldas»—. Muchas, se lo garantizo.

El comisario se mesó —como siempre— su perilla. Se movió a la derecha y a la izquierda sobre la silla rotatoria. Hojeó de nuevo el informe

—Tiene esto subido al sistema, ¿verdad?

Olga asintió. Alamillos miró uno de los cuadros que había en su despacho, la subinspectora quiso averiguar qué se pasaría por su mente. Después de casi medio minuto de lo que parecía una reflexión interna del comisario, se levantó. Apoyó sus manos sobre el escritorio, con los ojos clavados en la subinspectora.

—Le piden al juez instructor autorización para intervenir el teléfono de los primos y de la empleada.

—¿Perdón? —protestó Olga.

—Esa es mi condición antes de que pongan ustedes este mensaje en Twitter.

Más de cuatro mil emails en menos de doce horas.

La bandeja de entrada del correo electrónico de la policía echaba humo. Y la cuenta de Twitter más. El tuit que Listín había subido la tarde anterior se había convertido en *trending topic* a nivel nacional. Acumulaba más de cinco mil retuits, más de doce mil me gusta, y casi un millar de comentarios.

Y los números seguían creciendo.

—Menudo currazo nos has metido para el cuerpo, Olga —protestó Insausti.

—Lo mismo prefieres patearte bazar por bazar a lo largo y ancho de la geografía española, oficial.

Sergio no replicó. Se dedicó a seguir picando en su puesto de trabajo. Ni siquiera se atrevió a murmurar por lo bajini. Tenía demasiado respeto y, sobre todo, demasiada admiración por la subinspectora. Admiración que, quizá, empezaba a confundir con otra cosa.

La idea de Saavedra, que muchos calificaron de «peregrina», fue la de publicar unas imágenes con las fotos de las etiquetas de precio que habían encontrado en la casa de la víctima. No publicaron las demás para evitar especulaciones con lo que puede hacerse con las bridas a un cuerpo humano.

«Solo las imágenes de las etiquetas de precios y que se vea bien lo de Bazar», exigió el comisario.

Olga no le quiso decir que esa era la idea original para que Alamillos se quedara con la sensación de haber ejercido su capacidad de mando y veto. Eso y los pinchazos que ordenó ejecutar para la prima, su marido y la empleada. Todos contentos.

En el tuit se invitaba a la gente a que se fijara bien en las etiquetas naranjas que marcaban un euro y cuarenta céntimos cada una:

«Fíjate bien en estas etiquetas de precios. ¿Las reconoces? Si son de algún bazar cercano a tu domicilio, ponte en contacto con nosotros

en esta dirección de correo electrónico [...] Si no lo sabes, un retuit es bienvenido. Gracias por tu colaboración»

La dirección de correo se creó exprofeso para la ardua tarea, y así no colapsar los otros coreos de la policía. A pesar de dejarlo cristalino en la publicación, muchos de los mails llegaron a estas otras bandejas. Por lo que hubo que repartir bien la tarea: Amaya, Sergio y Julio Pleite, otro subinspector que acababa de llegar de vacaciones, picarían en la dirección de correo indicada en el tuit. Saavedra y Toribio trabajarían en las otras. Y *Listín* se encargaría de filtrar los mensajes directos que llegaban en Twitter (pidiendo que, si de verdad estaban seguros, mandaran un email a la dirección indicada). Luis también se encargaba de organizar los datos que los demás compañeros iban metiendo en una hoja de cálculo con las direcciones de email, los nombres y, sobre todo, las ips desde donde llegaban esos correos.

Nadie disfrutó del fin de semana. Durmieron muy pocas horas en los sofás repartidos por todo el complejo policial y, cuando llegó el domingo por tarde, la subinspectora se mostró tan satisfecha por el trabajo realizado que pidió unas pizzas a su cuenta que todos disfrutaron antes de marcharse a sus casas.

Felicitó a todo el grupo y, de forma especial, a *Listín*, porque estaba convencida de que en algún lugar de los datos que manejaba Luis se encontraba el bazar que buscaban.

Y en ese bazar habrían de hallar a los culpables del primer caso de homicidio en el que ella estaba al mando.

Olga dejó de estar al mando a primera hora de la mañana siguiente.

La noche previa sí que pudo conciliar el sueño. Con la tranquilidad del trabajo bien realizado, durmió más de seis horas que le supieron a más de diez. También tuvo la suerte de que no la volvieran a molestar por otro lado. Tenía una desazón en su cabeza que, cuando estaba en la brigada aparcaba para centrarse en el trabajo. Cuando estaba sola en casa esa desazón se le agarraba al vientre y le subía, en ocasiones, por el esófago. Y eso no era justo. No se merecía tener que vivir bajo ese yugo.

Así que agradeció mucho volver al trabajo sin jornada de descanso. Además, el inspector Del Olmo estaba de camino a la brigada y, en principio, eso la tranquilizaba más. Aunque también le provocaba sentimientos enfrentados. Le había gustado ser «jefa», pero también le había estresado muchísimo.

Había conseguido el objetivo propuesto cuando decidió apoyarse en la colaboración ciudadana mediante un tuit: de los más de cuatro mil mensajes recibidos, el filtro de las ips que hizo *Listín,* los dejó en menos de ochocientos; de esos ochocientos, más de quinientos no tenían ninguna credibilidad porque eran mensajes para «tocar las pelotas» a la policía. Insultos, mofas, burlas sobre si estaban desesperados, *maderos hijos de puta, ni de coña os vamos a hacer el trabajo sucio,* etc. De los poco más de trescientos que tenían credibilidad, se cruzaron datos, y se dieron cuenta de que había muchos bazares repetidos. Es decir, el mismo bazar había sido identificado por más de una persona. Todo esto redujo la cifra de posibles tiendas a noventa y tres. Pero ahí no acaba la cosa. *Listín*, que tampoco durmió apenas la noche del domingo, solicitó a las personas que habían identificado esos bazares, si podían hacer una foto ese mismo día de algún producto de la tienda, para comprobar que las etiquetas, en efecto, eran las mismas.

Y ahí se hizo el milagro:

La lista total de bazares chinos, cuya etiqueta de precios eran casi idénticos a la que apareció en la casa de Santiago Vargas, quedó reducida a veinticuatro.

Veinticuatro lugares donde buscar huellas, cámaras de seguridad,

testigos…

—Eres un puto genio, Luis. —Olga sintió la tentación de darle un abrazo al subinspector cuando le comunicó la información. Las reprimió porque tampoco es que ella fuera muy de contacto físico emotivo.

Sin embargo, su alegría se vio truncada por la persona de la que menos se lo esperaba:

—Buenos días, grupo. Una cosita así a modo de bienvenida: ¿alguien está con las escuchas de la familia del finado?

El marrón se lo comió, por propia voluntad, la misma Olga.

Del Olmo, que fue el aguafiestas, no la dejó sola. Ya al mando, el inspector envió al resto del grupo a investigar los veinticuatro bazares resultantes de la criba. Y a *Listín* lo invitó a irse a dormir… «o te doy una descarga táser hasta que caigas desmayado».

—No me ha dado tiempo a felicitarte, subinspectora —dijo el inspector cuando se quedaron solos.

Olga no le hizo caso, se refugió en los cascos escuchando las conversaciones privadas de Mariana. De Rigoberto y de Dolores se encargó el propio Del Olmo, que entendió el cabreo de la subordinada, y lo dejó correr. Estaba contento de volver al tajo a pesar de no estar recuperado al cien por cien.

—Yo no encuentro nada sospechoso —dijo Olga después de más de seis horas de trabajo—. Solo habla con su madre y con su tía de Colombia. Casi siempre entre llantos y rezos.

—El primo y la empleada tampoco tienen nada importante que contar, parece. Dolores también ha hablado con su madre y la ha mentido diciendo que está con la gripe y que por eso no va a verla. Él ha llamado a un par de amigos para ver si iban a jugar al fútbol esta semana.

—No se le ve muy afectado, no.

—Y por eso no hay que descartarlo.

—¿Se supone que Dolores, la empleada, miente para no preocupar a su madre?

—La madre la he dicho que a ver si va a ser la Covid, así que no sé yo…

La subinspectora se levantó de su puesto de trabajo y se dirigió a la máquina de café.

—¿Quieres…? —interrumpió su ofrecimiento cuando se dio cuenta de que Del Olmo no tomaba café—. Te puedo bajar a por tu bebida.

El inspector la observó allí, de pie, junto a la ventana, a contraluz. Su figura se recortaba delgada, quizá demasiado; y alta, muy alta. Los rayos de sol que se colaban por las ventanas dejaron al inspector medio ciego. Era una mujer que no resultaba indiferente a nadie. Sin embargo, él se declaraba inmune a las mujeres atractivas.

—Del Olmo.

—¡Qué!

—Que si te bajo a por tu bebida energética.

—No, gracias.

Inmune, al menos, hasta la fecha.

Justo entonces, el teléfono móvil de ambos pitó al unísono.

Olga fue la encargada de entrevistar a Liang Chang. Cincuenta y cinco años, natural de Fuzhou, más de dos décadas en España. Moreno, menudo, delgado. Como la inmensa mayoría de propietarios de bazares chinos del mundo.

—Mucho trabajo sacar todos los tiques de compra, mucho trabajo —protestaba al mismo tiempo que realizaba la titánica tarea de buscar todos los recibos de caja, desde el mes anterior, hasta el día del crimen.

Era necesario, así lo habían considerado Del Olmo y Saavedra en el despacho, poco antes de que la subinspectora partiera hacia el bazar que Amaya y Sergio habían localizado en Parla. Una población un tanto alejada del lugar del crimen, pero, al fin y al cabo, dentro del radio de influencia de la capital, y, sobre todo, del sur de la misma, donde se ubicaba la vivienda alquilada de Santiago Vargas.

Las etiquetas halladas en la casa de Vargas y la de este bazar eran idénticas, y así se lo habían hecho saber al propietario del negocio.

—Lo sabemos, señor Chang. Pero es muy necesario que nos ayude. Si un asesino compra en su local, es importante que lo detengamos, ¿no cree? —dijo Olga, apelando a una estrategia del miedo.

—No asesino aquí, no asesino —replicó Chang.

A pesar de las quejas, el señor Chang no durmió aquella noche. Olga había pedido al resto del equipo que se fueran a descansar. Protestaron, pero ella solicitó a Del Olmo que mandara un mensaje al grupo. No les quedó más remedio que acatar la orden. La subinspectora tampoco durmió; se sentó en una de las butacas que vendían en la tienda. Chang la miró con recelo, pero la subinspectora le ignoró. No se iba a pegar toda la noche de pie.

Para compensar al empresario, se ofreció a traerle café. La primera vez se negó. Cuando dieron las cuatro de la madrugada, Olga marchó a la gasolinera más cercana, y trajo dos cafés bien cargados y dos dulces de bollería industrial a los que ella no era aficionada, pero que, en noches como esa, no le quedaba otro remedio que engullir. A ese café, Liang Chang no se pudo negar, porque ya había dado dos cabezadas —de pie— mientras revisaba los tiques. Tampoco se negó a

la sobredosis de azúcar de los bollos. Cafeína y azúcar permitieron al empresario y a la policía aguantar despiertos el resto de la noche.

Justo cuando despuntaba el nuevo día, se produjo el segundo milagro en menos de cuarenta y ocho horas.

Ocho euros con veinte céntimos. Dos rollos de cinta americana, un paquete de bridas y un cuchillo. Resultaba insultante lo barato que costó torturar hasta la muerte a un ser humano.

Ocho euros con veinte céntimos.

El señor Chang localizó el tique más susceptible de ser el que los investigadores buscaban. La lista de productos coincidía bastante con los objetos hallados en la casa de Santiago Vargas: él tenía restos de cinta adhesiva en boca y labios; el forense dictaminó que las marcas en muñecas y tobillos fueron producidas por bridas. Y luego estaban las laceraciones en la piel provocadas por arma blanca. Los asaltantes parecían torpes, pero no tanto para dejarse el cuchillo con el que rajaron a Santiago.

La fecha de ese recibo de caja databa de un día antes del fallecimiento de Vargas.

Localizado el tique ya no cabía duda: aquel era el bazar que buscaban. Y allí debía de existir algún rastro de los homicidas de Santiago.

—No cámaras de seguridad, no cámaras —dijo la señora Chang, que dio el relevo a su marido, exhausto.

—¿Y eso que hay ahí? —preguntó, impaciente, Insausti

—No funciona, son mentira, son para espantar ladrones. Cámaras muy caras, mucho.

Los investigadores y, sobre todo, Olga, que pensaba que se iba a producir el tercer milagro, se llevaron un bofetón de realidad al descubrir que las cámaras que poblaban el local, eran de pega. Una forma de intimidar a los posibles cacos con la posibilidad de que podrían grabarlos. El señor Chang y su mujer debieron de hacer números acerca de lo que les costaba el equipo de cámaras de seguridad y del total de robos que se producían en su tienda. Y los números salieron ganadores para la falsa videovigilancia.

—Toribio, Insausti y Solís. A patearse los alrededores en busca de cámaras. Si localizáis alguna, os identificáis y solicitáis las grabaciones de…—la subinspectora miró el tique que el señor Chang había sacado

de la caja registradora—… el siete de enero.

Los subordinados acataron la orden. La subinspectora pidió a Pleite que la llevara a comisaría, no se encontraba en condiciones de conducir después de toda la noche en planta.

Olga dormitaba sobre uno de los incómodos sofás de la brigada.

El sonido de un teléfono que no era el suyo la despertó. Y la puso de tan mal humor que soltó un taco. Algo a lo que se estaba empezando a acostumbrar.

Escuchó una voz que no supo distinguir bien, pero que le era familiar. Sí, demasiado familiar. Acababa de recordar que Del Olmo había vuelto a la brigada. Y su puto teléfono móvil le había despertado. La voz dejó de escucharse, y ella trató de cerrar de nuevo los ojos. El sonido de la puerta del despacho de su jefe no la dejó.

Del Olmo estaba allí parado, observándola. Como el padre primerizo que observa a su bebé recién nacido.

—¿Qué pasa, inspector?

—No quería molestarte.

Olga se levantó, y se encaminó al despacho de su superior, que volvió a su puesto de trabajo detrás del escritorio. Ella estaba amodorrada por los pequeños momentos de sueño intercalados con los de vigilia en esas dos horas desde que había llegado del bazar del señor Chang. Se sentó en una silla y apoyó su cabeza sobre su mano.

—Ya da igual. Cuéntame, anda.

Del Olmo sonrió.

—Tengo buenas noticias.

Y a Olga Saavedra se le pasó la modorra, y se le abrieron los ojos como oes.

Se le pasó la euforia cuando descubrió que la naturaleza de esas buenas noticias implicaban más jornadas maratonianas de curro; encima de curro de oficina, no de calle.

—A veinte metros hacia la izquierda del bazar hay una joyería con dos hermosas cámaras de seguridad. Y cincuenta metros a la derecha, aunque en la acera de enfrente, una tienda de informática con una webcam de medio pelo, pero que nos puede servir. Toribio y compañía están ya recolectando el metraje en un par de discos duros, y en una hora, a lo sumo, estarán en la brigada.

—Perfecto, voy a por café.

—No, te vas para casa.

—¿Cómo?

—Que te vas a dormir a casa, y vuelves por la tarde después de comer.

—Ni de coña.

—Olga. Así no me sirves. Estás destrozada. ¿Cuánto has dormido en los últimos cuatro días?

—Suficiente.

—No, eres joven y los jóvenes necesitáis más horas de sueño.

—No me vengas con estereotipos, Del Olmo.

—Subinspectora Saavedra —El inspector subió el tono —. Vete a casa ahora mismo, y vuelves dentro de seis horas. ¿Entendido?

Olga comprendió que debía obedecer. En el fondo Del Olmo tenía razón. Estaba agotada, y meterse para el cuerpo una jornada de observación de vídeos de una cámara de seguridad, con casi toda probabilidad acabarían de romperla.

Se marchó con un escueto «adiós, jefe». Llegó a su casa medio zombi, y solo se quitó los zapatos antes de tirarse en la cama. Se enrolló con el nórdico como si fuera un ovillo, y se quedó dormida en el acto.

Eso sí: las últimas imágenes que vinieron a su mente antes de caer grogui fueron las de un tipo con una bolsa verde pasando por la cámara de seguridad de una joyería de Parla.

Se despertó alrededor de las nueve de la noche. Con la típica sensación de no saber dónde se está.

Se dio una ducha con agua tibia, que tampoco era plan de cogerse una pulmonía; comió una ensalada rápida y preparó un tanque de café que metió en un termo («mucho más rico que el de la máquina de la brigada»), se vistió con unos vaqueros azul oscuros, una camisa blanca y un jersey, también azul oscuro; y salió a la calle en busca de su coche.

No lo vio venir. En parte porque era noche cerrada, en parte porque toda su concentración estaba puesta en el caso.

No lo vio, hasta que fue demasiado tarde.

—Olga, por favor.

—¡Joder, qué susto!

Se lo quedó mirando de arriba abajo, sin saber cómo reaccionar. El tipo llevaba una flor en la mano. Como si arrancar una planta de la tierra fuera un bonito gesto. Un gesto que le permitiera redimirse. A Olga nunca le habían gustado las flores. Quizá porque ella prefería salirse de los cánones típicos y manidos.

—Necesito hablar contigo.

—¡Tú es que estás sordo, o te lo haces!

—Perdóname, tía, en serio.

Olga tomó aire, apretó puños y mandíbula, y dio una vuelta sobre sí misma, despacio.

—Pero ¡cómo te voy a perdonar, desgraciado! Ya te he dicho cien veces que lo que hiciste no tiene perdón.

Olga tuvo un flashback en su cabeza. Recordó a su exnovio jugando con su pistola reglamentaria. Un día que estuvo de guardia casi veinticuatro horas, su binomio la acercó a casa sin pasar por la comisaría. «No pasa nada porque un día no dejes la pipa bajo custodia, mujer, descansa». Le hizo caso, y como tenía que volver al cabo de ocho horas, no le dio importancia. ¿Era una irregularidad? Sí,

pero, en teoría, no tenía que pasar nada.

Sin embargo, sí que pasó.

Se despertó al día siguiente, tarde y con dolor de cabeza. Salió disparada para comisaría, y se le olvidó la pistola en casa porque nunca la había dejado antes. Tuvo que volver a por ella, y se encontró a su pareja, desnudo frente al espejo, con la pipa, jugando a Robert de Niro en Taxi Driver.

—Olga por favor, se me fue la olla con lo de la pistola, pero…

—Tú te crees que solo fue por eso. Si es que eres… —Olga reprimió la ofensa porque no quería echar más leña al fuego. Solo quería largarse de allí—. Déjame, que llego tarde al trabajo.

Y entonces la mano de su ex pareja se puso sobre su brazo. Y eso fue algo que no pudo tolerar. Por instinto, se revolvió y le propinó un manotazo y un empujón.

—¡Qué haces, tía!

—¿Qué haces, tú? Te he dicho que me dejes.

—Siempre fuiste una violenta, por eso te metiste a poli.

Olga tuvo que volver a reprimirse, esta vez sus ganas de darle un puñetazo en la cara. Todo menos darle la razón.

—Ya no hay más ultimátum, David. La próxima vez que vuelvas a llamarme, escribirme o encontrarte conmigo, voy a denunciarte. Y no voy a decirte a quién conozco y a quién dejo de conocer entre mis antiguos compañeros, y entre los jueces. Ya puedes hacerte tú a una idea —El cordero degollado que acudió con la rosa en la mano, tornó a lobo con dientes afilados cuando escuchó estas palabras—. Llámalo amenaza si te sale de los cojones. Yo lo llamo advertencia. De pasar un par de noches en el calabozo no te salva ni tu santa madre.

Olga se metió en el coche, y no le dio tiempo a escuchar los insultos que profirió el tipo. Mejor para los dos porque entonces sí que hubiera sido probable que ejerciera la violencia sobre su expareja.

No fueron las cámaras de seguridad de la joyería, bien equipadas y de una definición aceptable. Fue la cámara web de una tienda de informática de Parla la que captó, el siete de enero, un día antes del homicidio de Santiago Vargas, a un tipo con un pantalón marrón y una camiseta negra de The Ramones pasando por delante del escaparate de la tienda, adornada con motivos de los Reyes Magos. Un ordenador siempre es un buen regalo de Reyes.

El mejor regalo para la brigada de Homicidios fue que el tipo llevaba una bolsa verde en la mano.

—Es él —dijo Pleite, que era el que había encontrado la grabación unas horas antes.

—Tenemos que buscarlo en más grabaciones de otros días —apuntó Del Olmo—. A ver si podemos conseguir imágenes de la joyería.

—Estoy en ello, jefe —dijo Toribio desde su puesto.

El grupo llevaba trabajando diez horas seguidas, y trabajó una hora más después del hallazgo de Pleite. Dieron las once y media de la noche, y la fatiga era patente en la brigada; las papeleras llenas de vasos de plástico manchados de los restos de café, y de latas de bebidas energéticas lo demostraban.

—Compañeros, el tipo de la bolsa verde no se va a ir esta noche del país —dijo Del Olmo—. Vámonos a casa a descansar un rato.

—Media hora más, jefe —dijo Amaya desde su escritorio—. Hasta las doce.

Del Olmo iba a hacer valer su autoridad cuando alguien lo interrumpió.

—Policía Solís, pueden irse a casa ahora mismo, yo tomo el relevo.

La subinspectora Olga Saavedra, con ojeras, un termo en la mano y toda la voluntad que una policía de Homicidios ha de tener, acababa de presentarse en la brigada.

Su rostro albergaba ojeras, sí, pero no daba muestras del aspecto demacrado que más de diez horas antes provocó que el inspector la mandara a casa. Cruzó miradas con Del Olmo, que sonrió, y se llevó la mano a la sien, en el típico gesto tan peliculero de «a la orden».

—La subinspectora manda: todos a casa.

Los integrantes del grupo terminaron de rematar los clips que estaban visionando, apagaron sus ordenadores y se marcharon a sus hogares, a descansar lo que sus retinas, estimuladas en exceso, les permitieran.

—Olga, ven a mi despacho.

La subinspectora, que se acababa de sentar, y servir un poco de café, hizo una mueca de fastidio. Pasados unos segundos se levantó en busca del inspector.

—Ven, quiero enseñarte algo.

Olga rodeó el escritorio de Del Olmo, y se puso justo detrás de él. El veterano policía notó el calor del cuerpo de su compañera novata, aunque procuró centrarse en lo que de verdad importaba. Pulsó la barra espaciadora de su teclado, y en la pantalla apareció una imagen que volvió a alegrar a la subinspectora.

Ahora, además, estaba fresca para dedicar toda la noche a lo que se había convertido en su pequeña obsesión: encontrar a los culpables del homicidio de Santiago Vargas.

Del Olmo se quedó dormido en su puesto de trabajo, con las manos apoyadas sobre el escritorio. Se empeñó en no marcharse a casa, y seguir con el visionado del metraje de las dos cámaras. El vídeo que minutos antes había mostrado a la subinspectora era otra grabación de la tienda de informática. El tipo sospechoso de la bolsa verde (con diferente indumentaria) aparecía junto a otro individuo. Un hombre muy moreno, al que se le apreciaban unos tatuajes y una musculatura mayor de la común: un cachas de gimnasio.

Olga visionó los vídeos de las cámaras de seguridad de la joyería y de la tienda de informática como un adolescente visiona vídeos de Tik Tok. Dos horas llevaba dándole al botón del *play,* y después pulsando el botón de rebobinado; y vuelta a empezar. Si hubiera estado mirando vídeos de gatitos o de perros, o de jóvenes haciendo bailecitos, quizá su humor hubiera sido diferente, pero no: ella veía gente pasar por una calle cualquiera del sur de Madrid. Para paliar su desesperación, y calmarse un poco, se le ocurrió la *feliz* idea de despertar al subinspector. Indagó en los ajustes de su teléfono móvil, y seleccionó cambiar el tono de llamada; subió el volumen del aparato, y dejó sonar el timbre durante al menos veinte segundos.

En el despacho del inspector se escucharon unos ruidos, y la subinspectora sonrió; detuvo el tono del móvil, y se lo llevó a la oreja como si hablara con alguien. Al cabo de dos o tres minutos, Del Olmo salió del despacho con la cara desencajada que te provoca la escasez de descanso. Saludó a la subinspectora, que apartó el teléfono de su oreja continuando con la farsa.

—¿Te llevo?

—No, he escrito a Ávila, de Secuestros. Está terminando un papeleo en su unidad, y en diez minutos me acerca él.

—Descansa, jefe.

—¿Quién demonios te llama a estas horas?

—Nadie, un amigo.

El inspector se encogió de hombros, y se marchó murmurando que «vaya horas de llamar por teléfono».

Olga se rio como una adolescente traviesa, y dejó el teléfono sobre el escritorio. Le dio de nuevo al *play* justo después de que Del Olmo había abandonado la brigada. Entonces encontró lo que todo el equipo estaba buscando. Se levantó, y fue corriendo a detener al inspector, pero cuando empuñó el pomo de la puerta se detuvo. Eran más de las tres de madrugada. El inspector estaba derrotado y, encima, acababa de salir un gripazo de órdago (o de una Covid).

Soltó el pomo de la puerta, despacio.

Tenía una hora para elaborar un nuevo informe. Si lo conseguía en ese tiempo, podría acostarse antes de las tres de la madrugada en el sofá del despacho del inspector. De esta forma dormiría otras cuatro horas antes de que el resto del grupo apareciera en la brigada.

Y cada uno de ellos tendría una carpetita en su mesa con una imagen más nítida del presunto asesino, mejor dicho, homicida de Santiago Vargas.

—No conozco, no conozco. —El señor Chang, al que habían invitado a ver la imagen más de diez veces, de las cuales rechazó al menos ocho, juraba que no conocía al tipo de la foto.

La subinspectora Saavedra localizó una imagen bastante nítida del sospechoso de la bolsa verde. Semanas atrás, el tipo se había detenido justo delante del escaparate de la joyería. Quizá querría pegar un palo allí mismo, y estaba estudiando los movimientos de las dependientas, y la distribución de la tienda, porque no dejó de mirar en una dirección que parecía el interior del local. Gracias a eso, la imagen de su cara era muy reconocible. A eso y a que llevaba la misma camiseta de The Ramones que el día que le grabó la cámara de la tienda de informática con la bolsa verde encima.

—Señor Chang, fíjese bien, es importante… —Olga insistía en que el veterano comerciante oriental analizara con mayor detenimiento la imagen.

—Dicho que no conozco

—Haga el favor de traer a todos sus empleados a un lugar aparte. ¿Tiene almacén?

Liang se quedó callado. No quería meter a «la madera» en sus dependencias privadas. ¿Tendría órganos para traficar? ¿Carne humana para vender a restaurantes? Toribio, que acompañaba a la subinspectora, sonreía por lo bajini, quizá imaginándose estas truculencias prejuiciosas sobre la comunidad china.

Chang emitió unas órdenes en mandarín, y reunió a sus dos empleados que le siguieron por uno de los pasillos. Su mujer se quedó en la caja; ella ya había visto las fotos, y afirmaba que tampoco conocía al sospechoso.

El oriental llegó al fondo de la tienda, al pasillo menos transitado, donde se ubicaban diversos artículos más propios del verano, como sombrillas o sillas plegables de jardín. En enero, estos productos no tenían mucha salida, y por eso decidió hacer allí la reunión que la policía espigada y estirada le requería. El lugar tampoco es que tuviera mucha iluminación, por lo que, en lugar de una tarea de investigación de la policía de Homicidios, cualquiera que hubiera presenciado la escena podría haberse imaginado que se trataba una

reunión clandestina entre agentes de policía corruptos y miembros de las tríadas chinas.

Chang habló de nuevo con sus trabajadores, y con un gesto de la mano pidió la foto a la subinspectora. Los dos empleados, un hombre y una mujer alrededor de la cuarentena, observaron la imagen durante unos segundos. Segundos que fueron suficientes para que la mujer cambiara el rostro. No es que los orientales fueran muy expresivos, pero Olga supo detectar la mueca en la cara de Xiaimei, que comentó algo en mandarín a Chang.

—Dice que sí conoce —dijo Chang.

—¿Sabe quién es, entonces? —respondió, entusiasmada, la subinspectora dirigiéndose a Xiaimei, la empleada con nombre de marca de teléfono móvil.

—Sí, mira mucho, pero nunca compra. Creo que roba —dijo.

Un ¡eureka! se pintó en la cara de la subinspectora.

—Señor Chang, tengo aquí la imagen del tique de compra que localizó usted el otro día. Fíjese bien en el tique, en la fecha y los productos que compró, y fíjese bien en el hombre de la foto. ¿No lo recuerda? —Liang volvió a mirar, esta vez sí le dedicó la atención que la policía esperaba—. ¿Señor Chang?

El comerciante levantó los ojos hacia la subinspectora. Ella no detectó cambios en su expresión. Chang no recordaba o no quería recordar.

Y eso solo podía significar una cosa: muchas más horas de trabajo.

Dentro de la tienda, el señor Chang estaba tan nervioso que había dado el cambio mal un par de veces, cosa que no le había pasado ni una sola vez en los quince años que llevaba regentando el negocio. No se quitaba de encima la imagen de la persona que le mostró la policía en la foto. Y no supo discernir si de verdad había visto al tipo en alguna ocasión, o pensaba que era solo por la sugestión que le provocó la imagen (y la insistencia de Olga Saavedra).

Su nuera, Xiaimei, había confesado que recordaba al hombre, que había entrado varias veces y no compraba nunca. No compraba nunca, excepto el día que se llevó una bolsa con productos que sirvieron para matar a una persona. La policía no le facilitó detalles, tan solo que había una persona asesinada, y necesitaban de toda su colaboración. No era necesario ser muy inteligente ni perspicaz para, después de haber visto el tique con la lista de productos que compró el sospechoso, saber que unas bridas, una cinta americana y un cuchillo podrían usarse para cometer actos terribles. Así que se pegó toda la noche, casi sin dormir. No sabía si quería que el tipo volviera a aparecer por su negocio o no. Por una parte, estaba deseoso de que la policía lo atrapase, por otra, lo aterrorizaba la idea de tener a un asesino cerca, tocando su género, pisando su suelo, respirando el mismo aire que respiraba él.

Sabía que la agente alta y espigada, y algunos de sus compañeros vigilaban la tienda, y que no ocurriría nada. La policía parecía una mujer fuerte que podría reducir al tipo de la imagen con facilidad. También había visto a otro policía muy alto, y con las espaldas anchas, que podría ayudar en la tarea. Y llevaban pistolas. A pesar de todo esto, la intranquilidad lo tenía atenazado.

Pasaron los días, y se fue relajando. No volvió a dar el cambio mal, y se le fue olvidando el asunto. Hasta que un día pasó lo que había estado temiendo que ocurriera desde que la subinspectora Saavedra dijo que iba a poner en vigilancia policial su bazar. Ese que tanto le había costado sacar a flote.

Olga y Del Olmo hacían guardia, en una furgoneta camuflada, a escasos metros de la tienda del señor Chang. En otro camuflado, justo en la puerta del bazar, esperaban Toribio, Insausti y Solís. Pleite y Listín estaban en la brigada con las escuchas a los primos, y esperando dar el relevo. Olga vigilaba a los que venían de un lado de la calle, y los otros policías, a los que se aproximaban desde el lado contrario. La foto del sospechoso de la bolsa verde y de la camiseta de The Ramones presidía el cuadro de mandos de ambos vehículos. Además de los móviles de cada uno de los integrantes del grupo de Homicidios.

Llevaban dos días seguidos de *troncha*. Y no solo estaban allí de diez de la mañana a nueve de la noche, que era el horario del bazar; sino que uno de los equipos llegaba a las siete, y el otro se quedaba hasta la una de la madrugada, por si al tipo de la camiseta negra le daba por pasar por allí cerca. Al fin y al cabo, ese debía de ser su barrio.

El cansancio de estar sentado en un coche con los ojos bien abiertos vigilando a todo el que pasa no es el mismo que trabajar en una mina. Sin embargo, el cerebro es el órgano que más energía consume del cuerpo. Y eso lo estaban ejercitando a base de bien. Por no hablar de la cantidad de café y bebidas energéticas que acumulaban, como casi siempre que había un caso de investigación de homicidio, desaparición, o asesinato.

—Subinspectora, ¿cuánto más consideras razonable estar aquí? — preguntó Del Olmo

—Todo el tiempo que sea necesario. Tarde o temprano tiene que aparecer.

—Permítame que discrepe. Viendo las pintas del tío, es más que probable que consuma. Deberíamos investigar a los camellos de la zona, y también en los gimnasios, por lo del otro acompañante.

—¿No crees que eso podría ponerle en alerta? Si un camello ve *maderos* husmeando va a dar el soplo a todo el mundo.

—No si esos *maderos* van de incógnito.

—Es arriesgado. ¿Tienes algo mejor que hacer, inspector?

Del Olmo se quedó callado. El cansancio y los restos del terrible gripazo (o Covid) o lo que fuera que lo dejó en el dique seco la semana anterior, hacían mella en su estado físico y anímico. Aunque él, por rango, había tomado el mando oficial de la Operación Pessulum, Olga había llevado el caso desde el principio, y él estaba encantado con que siguiera haciéndolo de forma tácita.

—Vamos a repasar lo que tenemos, una vez más, mientras esperamos aquí.

—De acuerdo —concedió ella—. Principales sospechosos: los dos tipos de la imagen. El flaco de la camiseta de rock, y el fuertote de los tatuajes.

—Y los primos serían los otros.

—¿Qué tenemos contra ellos?

—La fallida relación comercial.

—¿Algo más contundente? ¿Las posiciones de los móviles?

—Ya sabes que no, que Luis dice que sus teléfonos estuvieron en su casa todo el tiempo. Solo consta una visita de la prima, dos semanas antes del ataque, a la casa de Vargas, y una al negocio un mes atrás.

—¿Y de las escuchas?

—No hay gran cosa, pero tenemos que seguir con ellas.

—O sea, que no hay nada sólido contra ellos —sentenció Olga.

Del Olmo se quedó callado unos segundos.

—Por mucho que estos tipos parecen los autores materiales del crimen, alguien tuvo que contratarlos, alguien tuvo que decirles que Vargas tenía una caja fuerte en casa.

—Aparte de los primos, solo se me ocurre la empleada que nos avisó —respondió Olga —. Ella debía de estar al tanto de las cuentas de la inmobiliaria de Santiago. Pero le tenemos pinchada la línea y no hemos encontrado tampoco indicios relev…

—Pues claro. ¡La empleada! —gritó Del Olmo

—A ver, tranquilo ¿No sigue en el hospital?

—Toribio me dijo que hoy le daban el alta. Hay que interrogarla sin falta. —El inspector miró el reloj. Eran las dos de la tarde—. Vamos a comer algo y salimos pitando para el hospital.

—¿En serio?

—Muy en serio. Estos tres se quedan, uno en el coche y los otros dos que paseen en una dirección y otra de la acera. Ahora llamo a Pleite para que vengan a dar el relevo a alguno.

La subinspectora protestó por lo bajini. Miró al inspector, con la esperanza de que recapacitara. No obtuvo correspondencia visual; Del Olmo estaba escribiendo al chat del grupo con las órdenes pertinentes. Hizo un gesto con la cabeza para que la subinspectora arrancara.

Olga miró hacia el bazar a echar lo que creía el último vistazo de la jornada. Arrancó el coche en el momento en el que se escuchó un mensaje por las transmisiones de la furgoneta. Y en ese mismo momento, ella estaba protestando porque no quería marcharse.

Y entonces todo sucedió demasiado rápido.

Xiaimei lloraba, presa del pánico. Una de las estanterías atestadas de productos estaba tirada en el suelo y, encima de esta, yacía el señor Chang. Vociferaba gritos de dolor y palabras en mandarín que sonaban a insultos.

Segundos antes se produjo la hecatombe. El tipo de la camiseta rockera y los pantalones marrones entró en el bazar, pero no llevaba la misma camiseta, ni los mismos pantalones, ni la bolsa verde. Sí llevaba las mismas intenciones de casi siempre: husmear y ver si podía robar algo.

Liang Chang, lo vio al entrar. Una desazón se apropió de su estómago y, a pesar de que sabía que los policías podían encargarse de él, su sentido de la justicia le hizo cometer el mayor error de su vida. Siguió al tipo por toda la tienda hasta que llegó al último de los pasillos, el pasillo oscuro que tenía menor vigilancia por parte de él y sus empleados. Allí, el sospechoso se puso a husmear entre las cosas. El señor Chang asomó la cabeza por la estantería, y el tipo lo detectó. Se clavaron los ojos el uno al otro.

—¿Qué pasa? No te voy a robar, hombre…

Chang salió de su «escondite». Se acercó al tipo, que había cogido un cactus de plástico, pero con pinchos de verdad.

—¡¿Para qué quiere *brida*?!

El flaco volvió a mirarlo. La palabra brida, aun pronunciada en singular por el acento del dueño del bazar, hizo saltar sus alarmas. Tensó el gesto, y se dispuso a largarse de allí. Cuando pasó por delante del viejo Chang, este volvió a gritarlo.

—¡¿Para qué quiere cuchillo?!

—¡Que me dejes en paz, chino loco!

Chang le agarró de la camiseta, y se produjo el desastre: el ratero le pegó un manotazo al viejo, y le dio un empujón tan fuerte que Liang salió despedido con virulencia contra la estantería. Estantería que no pudo soportar el peso y la velocidad con la que *viajaba* el propietario. Se desplomó, y el señor Chang cayó, redondo, sobre un montón de plantas de plástico.

El oficial Insausti y la policía Solís habían detectado al individuo, pero perdieron unos valiosos veinte segundos en pedir permiso para actuar. Saavedra y Del Olmo estaban enfrascados en el debate de si debían irse o quedarse, y tardaron otros cinco segundos más en aceptar la actuación. Ese medio minuto tuvo la culpa de que el señor Chang saliera con una costilla rota de su propio bazar.

El tipo se topó con Sergio y Amaya, pistolas en mano, bloqueándole el paso.

—¡Al suelo! —gritó Insausti. El sospechoso no se fue al suelo, sino que cogió lo primero que tenía a mano: un jarrón de barro, y se lo lanzó al oficial, que pudo esquivarlo, pero que golpeó en el pecho a la policía—. ¡Al suelo, hijo de la gran puta! O te juro que pego un tiro.

El ratero aprovechó la confusión para escabullirse y, justo cuando estaba a diez metros de la salida, la pistola de Olga Saavedra le apuntó a la frente.

—O te vas al suelo o te dejo marchar, y cuando salgas de la tienda te pego un tiro por la espalda. Tengo un arma sin marcar en el coche, pegaría un par de tiros falsos, y te la pondría en la mano.

El sujeto miró en derredor por si encontraba algún otro objeto que arrojar a la policía. Su amenaza no lo había escuchado nunca, y mira que había escuchado amenazas. El hecho de no encontrar un arma arrojadiza y la velada amenaza de la policía, hicieron que se diera por vencido. Se arrodilló con las manos en alto, como la subinspectora le había ordenado. Amaya llegó por detrás, le pegó una colleja, en venganza por el jarronazo recibido, y le puso las esposas con los brazos a la espalda.

—Del Olmo ha llamado a los zetas. Nos lo llevamos en cuanto llegue el primero —dijo la subinspectora, con una sonrisa minúscula en la boca.

Insausti le dio un abrazo que ella correspondió con tibieza. A Amaya sí que la abrazó con toda propiedad.

Se fijó en el ratero, que no rehuía la mirada y la desafiaba.

Estaba segura de que era el tipo de la bolsa verde.

A Héctor Gomato (treinta y cinco años, parleño de toda la vida y, algo increíble: sin antecedentes) no le costó nada delatar a su compinche. Al fin y al cabo, él no había matado a nadie. O eso creía.

—Adriano.

—¿Adriano qué más?

—Ni puta idea, yo no pregunto apellidos a nadie. Si casi ni me acuerdo de los míos. Podéis llamarle Adriano el venezolano. El tipo es de allí, y además, rima —dijo Gomato con una media sonrisa.

Olga y Del Olmo interrogaban al detenido en la sala de interrogatorios de la brigada. Una sala fría, con escaso mobiliario, y con el típico espejo detrás del que se escondían el resto del grupo, el comisario y el juez encargado del caso.

La subinspectora empezaba a perder la paciencia con Héctor. Al contrario, el inspector estaba más relajado. Cuando se encuentra la primera pieza del puzle, encajar el resto es cuestión de tiempo, paciencia y muchas tablas. La mayoría de las veces.

La primera pieza correspondía a la huella parcial que criminalística había encontrado en la bolsa. Coincidía con las huellas de Héctor al noventa por ciento. Algún juez podría poner pegas, por no llegar al cien por cien de compatibilidad. Pero el inspector sabía que un ratero como Gomato se derrumbaría con facilidad al mostrarle la evidencia. Después de cantar el nombre de su compinche, Del Olmo hizo de poli bueno con las explicaciones sobre la huella parcial. Héctor colaboró de nuevo, y entregó al subinspector otro regalo en forma de respuesta.

—A Adriano le contrató alguien para hacer el trabajo.

—¿Quién? —se impacientó la subinspectora.

Gomato ni la miró.

—Jefe, entre tú y yo. Dile a esta mujer que salga.

Del Olmo se adelantó un poco sobre la mesa.

—Colega, dime por qué he de echar a la compañera que ha

conseguido detenerte. ¿Es que te da rabia que te haya atrapado una mujer?

—No, es que está muy buena, y me está poniendo cachondo.

Olga dejó de tomar notas en su teléfono móvil. Del Olmo la miró, implorando calma. Saavedra se marchó de la sala, no sin antes enviar un mensaje a al teléfono del inspector. Gomato sonrió. Del Olmo chequeó su móvil, y después le correspondió la sonrisa al detenido.

—Ahora que estamos solos, Héctor, me vas a decir todo lo que sepas de ese tal Adriano. Hasta su apellido.

—Tranqui, jefe. Ya te he dado un nombre. Ahora haz tú algo por mí y ya veremos si sigo.

—Creo que no te das cuenta de lo que ocurre, Héctor —dijo Del Olmo sonriendo. Olga no se ha marchado porque tú lo hayas pedido, así con esa chulería.

—¿No?

—Sé que te gusta mucho el *basuko*. Tus piños no están tan negros por no lavártelos tres veces al día… Adriano tiene pinta de ser tu camello o de conocer a tu camello. Y, por su aspecto, es sudamericano. Olga ha ido a llamar a un par de *confites* que tenemos en bandas latinas. Alguno de estos soplones nos va a chivar quién es el tal Adriano, y de quién está al mando. Y se lo vamos a contar todito, al propio Adriano, cuando lo detengamos, y también a los que mandan. En el talego, por supuesto que conocemos a más gente de las bandas. Olga se va a encargar en persona de que todos sepan quién eres.

Gomato palideció. Miró hacia el suelo, derrotado. La amenaza inusual de la subinspectora en el momento de la detención y la amenaza del inspector eran algo nuevo para él. Acostumbrado a que le amenazaran con darle una paliza si no cumplía con sus deudas, siempre se buscaba la vida robando algo o atracando a alguna vieja, y saldaba cuentas sobre la bocina. Aquello era nuevo, y estaba descolocado. Descolocado, con el mono y con frío.

Claudicó.

Después de que Héctor cantara durante diez minutos, el puzle no solo había tomado su forma casi definitiva, sino que los investigadores ya sabían dónde encontrar las piezas.

Detener a Adriano «el venezolano» resultó menos complicado de lo que se podría esperar. Sobre todo porque el comisario Alamillos impuso que un grupo del GOE dirigiera la operación. Del Olmo lo vio excesivo, su propio equipo de Homicidios con el apoyo de un grupo de la Unidad de Intervención Policial hubiera bastado, pero, como se suele decir: dónde hay patrón…

Lo localizaron en un gimnasio en el que se había trabajado esos músculos que lucía con orgullo. Héctor indicó la ubicación de dicho gimnasio, y también cantó que el venezolano trapicheaba con hachís. Y lo que era más importante: confesó que Adriano se encargó de torturar a Santiago con todo detalle. Los cortes que le hizo, las bridas en pies y manos, la cinta americana en la boca cuando se marcharon… y en Homicidios le dieron validez a su declaración, porque coincidía con el informe de criminalística.

El gimnasio era uno de esos que están de moda: una nave de *crossfit*, con ruedas de tractor, pesas de color negro de esas que se agarran con una mano, y toda la demás parafernalia. Aunque la operación fue limpia, porque lo atraparon a la salida, muchos de los integrantes del *box* se dieron cuenta y salieron a cotillear. La puerta de la nave estaba abierta, por mucho frío que enero trajese. Eso disgustó a Del Olmo que no quería que nadie que pudiera conocer a Adriano se fuera de la lengua a sus conocidos.

Cuando lo arrestaron, se cagó en toda la familia de los policías del GOE, y siguió haciendo lo mismo en la sala de interrogatorios con los de Homicidios. Incluso estando presente el abogado de oficio que exigió.

Como no había manera de hacerlo cantar —ni callar—, le mandaron al calabozo. Del Olmo suplicó al juez que lo incomunicara, sin salir de la celda, y con lo mínimo para sobrevivir, durante cuarenta y ocho horas. Al juez le costó aceptar, pero consiguieron convencerlo porque había que ablandarlo, o no sacarían nada en claro de él. Solo tenían en su contra la confesión de Gomato y la imagen que los situaba juntos en las inmediaciones del bazar del señor Chang. Tenían su teléfono pero los datos de las teleoperadoras tardarían al menos un día. El juez estaba cansado del tema telefonía (los pinchazos a la familia influyeron), y se tomó este trámite con más calma. Por aquello de los derechos fundamentales de las personas.

Adriano golpeó la puerta del calabozo, insultó a los policías que lo metieron allí. Al menos durante una hora. Al cabo de dos estaba mucho más calmado. El calabazo era un lugar inhóspito, no como se muestra en algunas películas con apenas un camastro de madera. Tenía una cama, no demasiado cómoda eso sí, pero contaba con retrete y lavabo. Las paredes, grises, había una ventana con luz natural, y la luz artificial se apagaba por las noches. Cualquier persona sin techo lo consideraría un buen hogar. Lo que pasa es que la soledad y la incertidumbre pesaban. Pesaban mucho.

Después de cuarenta y ocho horas Adriano salió más suave. La relajación solo le duró diez minutos. El tiempo que transcurrió desde el calabozo hasta la sala de interrogatorios. Como si aquel lugar le cambiara el carácter. Era extraño porque, en teoría, tampoco atesoraba antecedentes, y no tenía porqué conocer un sitio similar.

—*Coñoe' tu madre*, conchuda de mierda, me vas a contar quién te ha contado esa beta de que yo tengo nada que ver con la muerte de no se qué pelele, *hija e' puta, malparía*.

Las babas salían de su boca junto con sus insultos. Olga no era una mujer fácil de intimidar. En su anterior destino había lidiado con individuos de peor calaña que el musculitos de Adriano. Sin embargo, a aquel hombre no iban sacarle nada de provecho, a no ser que lo torturaran.

Del Olmo y Saavedra suplicaron al juez que no lo pusiera en libertad, pero su señoría les remitió a que le pusieran seguimiento, y los autorizó a intervenir su teléfono de forma inmediata. Del Olmo volvió a suplicar. Esta vez para que el juez, en caso de ser necesario, exigiera a las operadoras de telefonía la información inmediata, en tiempo real, de las posiciones del móvil de Adriano.

Adriano era bruto, aunque no tan tonto como para no saber que su móvil podría estar pinchado. De hecho, la señal de su teléfono habría de perderse a los dos minutos de que se marchase del complejo policial de Canillas.

Sin embargo, fue otro teléfono el que llevó a la siguiente, y casi definitiva, pieza del puzle.

Cuando Dolores (cuarenta y dos años que podría pasar por cincuenta, madrileña, flaca como una yonqui) se sentó en la sala informal de entrevistas de la brigada, temblaba. Allí la esperaban Olga y Amaya. Le habían dado el alta el viernes, y la entrevistaron el lunes. Poco después de liberar a Adriano.

—Dolores, ¿estaba muy unida a su jefe? —preguntó Olga.

—Santiago era muy bueno, mucho…

Se echó a llorar. Tuvieron que esperar unos minutos a que se calmase. Cuando lo hizo, contó que Santiago la trataba muy bien desde el principio. Que la subía el sueldo todos los años (el IPC), y que si necesitaba cogerse algún día por médicos, o para cuidar de su madre, no ponía problemas.

—Luego lo recuperaba en mi tiempo libre y ya está. O muchas veces ni eso.

—Dolores —incidió Olga—. ¿Quién podría hacer daño a Santiago?

—No lo sé, me lo he estado preguntando muchas veces estos días en el hospital, pero no lo sé. Sé que tuvo problemas con algún cliente, pero nada grave.

—¿Qué problemas?

—Algunos desajustes en las comisiones por venta, o alquiler. Cosas así.

—¿Nos puede facilitar una lista de esos clientes?

—Supongo, tendría que ir a la oficina.

Le hicieron otras preguntas de protocolo acerca de su paradero el día del crimen y, cuando terminaron, la invitaron a irse a casa.

—Tienen que atrapar al culpable, se lo suplico. Santi no se merecía lo que le han hecho —dijo.

—¿Tenía usted una relación con Santiago, Dolores? —preguntó Amaya.



Ella se quedó blanca. Titubeó antes de responder.

—No.

—Piense bien la respuesta —dijo Olga.

—Salimos una noche. Bebimos. Nos dimos cuatro besos y me dejó en casa. Me volvió a escribir varios días, pero le dije que yo no quería tener un lío con mi jefe, que podía despedirme si lo consideraba oportuno.

—No lo hizo.

—Claro que no, era un hombre honesto —Las investigadoras se quedaron unos segundos en silencio, observando a Dolores—. ¿Me puedo ir ya? Si quieren voy ahora mismo a la oficina, y les envío la lista que me han pedido.

Saavedra le dijo que lo hiciera al día siguiente, con calma. Justo cuando abandonaba la salita, sonó su teléfono. Ella miró la pantalla y pulsó el botón de silenciar.

El botón de silenciar.

Por fortuna no se pueden silenciar la información de las operadoras de telefonía.

Adriano, al final, sí resultó ser tonto. No solo porque destrozar su teléfono, y tirarlo a un contenedor a menos de doscientos meros del complejo policial de Canillas, confirmó que tenía algo que ocultar, sino porque al cabo de una hora se convenció de que nadie lo seguía, e hizo una llamada crucial.

La gente del grupo de Secuestros y Extorsiones, con el inspector Ávila al frente, son máquinas del camuflaje. Del Olmo solicitó al comisario Alamillos que Ávila y su gente siguiera a Adriano cuando su señoría lo dejó marcharse, libre.

El tipo, después de deshacerse de su terminal móvil, se fue directo al metro, quizá pensó que ahí sería más difícil que lo siguieran que si cogía un taxi.

Una subinspectora y un oficial de Secuestros, acaramelados como novios, lo esperaban, gracias a la previsión del inspector Ávila, en el andén. Compartían auriculares inalámbricos, con los que fingían escuchar música, que les servían para escuchar las órdenes de su superior. Otros dos oficiales, de paisano, lo seguían por detrás e informaban a todo el operativo de los movimientos de Adriano a través de pinganillos y de mensajes en el móvil. Un camuflado en la superficie, con Ávila dentro, hacía el mismo recorrido que la línea de metro, con el luminoso conectado en el techo para poder saltarse los semáforos y adelantar por donde no se debe. El sospechoso hizo transbordo en la estación de Nuevos Ministerios; allí otros dos oficiales, camuflados como dos jóvenes deportistas, tomaron el relevo de la «pareja de enamorados». Lo tuvieron controlado todo el tiempo hasta que volvió a salir a la superficie en el barrio del Lucero. Cuando el sospechoso enfiló por la calle Cebreros, el camuflado tomó el relevo. El propio Ávila se bajó del coche, y lo siguió de lejos mientras el vehículo se adelantó al investigado.

Cuando Adriano se metió en un locutorio, los agentes cantaron bingo. Si hacía una llamada desde allí, su trabajo había merecido la pena. Ávila llamó a Del Olmo para informarlo, y Del Olmo habló con Listín para que tramitara con su señoría los permisos necesarios para entrar al locutorio, cuando Adriano se marchara, y arramblar con todo lo que pudieran sacar de allí: línea desde la que había hecho una llamada, teléfono que se había comprado, y toda la información que tuvieran del tipo.

El juez no tardó ni dos minutos en tramitar la orden —no quería problemas con el comisario Alamillos que le había llamado a instancias de los investigadores de Homicidios para presionarlo—. Cuando Adriano salió del locutorio, lo hizo con un nuevo teléfono móvil en su mano. El equipo de seguimiento recibió la orden de su señoría vía email, y la imprimieron, ironías de la vida, en el propio locutorio. La cara que se le quedó al propietario del negocio cuando le entregó el papel a Ávila, y el inspector lo giró para enseñarle la orden, nunca la olvidarían en el grupo de Secuestros y Extorsiones.

A Adriano ya no hacía falta seguirlo, no querían que los *mordiera*. Insausti y Solís lo esperaban en la entrada de su domicilio, en el cercano barrio de Aluche; dato que averiguaron por su documento de residencia y unas averiguaciones en la base de datos.

Al día siguiente, cuando recibieron los datos de las telefónicas, *Listín* puso en marcha el mecanismo de seguimiento del nuevo móvil. Y, por supuesto, costó muy poco averiguar a quién llamó Adriano con el número recién comprado en el locutorio.

—Dolores Andrade, abra la puerta —dijo Olga pulsando el botón del timbre varias veces.

Saavedra y Pleite esperaban en un anodino rellano de un anodino piso de periferia. De los cientos de miles que existen en Madrid. Con su luz que se apaga a los tres minutos de haberse pulsado el botón; con su suelo de terrazo; y con su pintura blanca tirando a amarillenta.

La mujer abrió, al cabo de unos segundos, sorprendida.

—¿Qué ocurre, inspectora?

—Subinspectora Saavedra. Dolores, tiene usted que acompañarnos a comisaría.

—Pero ¿por qué? Si estuve ayer, y me dijo que no corría prisa lo de enviarles los datos de esas personas …

—Ruego nos acompañe por su propia voluntad, o volveré en media hora con una orden de detención del juez. ¿Le suena un tal Adriano?

A Dolores le temblaron las rodillas, tuvo que agarrarse a la puerta para no caerse. Olga sujetó del hombro a Pleite, que hizo el amago de agacharse para ayudarla. Ella no se creía las mentiras de Dolores. No se iba a matar si se caía al suelo, más que nada porque se fue deslizando a cámara lenta, y acabó apoyada en la puerta, de costado, con sus piernas sobre el frío suelo de terrazo.

—¿Dolores, nos acompaña o hablo con el juez?

Fue bastante patético cómo la empleada de Santiago Vargas, esa que horas antes había declarado el amor profesional que sentía por su jefe, se derrumbó. Olga esperaba que lo hiciera en la sala de interrogatorios, en un ambiente con mucha más presión. No allí, en el suelo, sin inculparla de nada. Entre hipido e hipido, berreó que no quería que le hicieran daño, que solo quería un poco de dinero, que la crisis de ansiedad por la que la ingresaron fue real…

Y entre hipido e hipido, dijo un nombre que sorprendió a los dos subinspectores. Aunque solo un poco. Porque era un nombre que el grupo de Homicidios de la UDEV central ya tenía fichado.

Dolores, con los codos apoyados sobre la mesa de la sala de interrogatorios, y con sus manos sujetando su cabeza, declaraba en comisaría.

—Me abrió la puerta de casa. Era muy desconfiado y a mí me utilizó para que Santiago tuviera confianza. No hubiera abierto a nadie más a esa hora. Eran más de las nueve.

La empleada de Vargas colgó el teléfono a Adriano justo cuando Saavedra y Solís estaban terminando de interrogarla. Ella no conocía el número que el venezolano acababa de conseguir en el locutorio; sin embargo, *Listín* tenía bien fichado y bien pinchado el número de teléfono de Dolores. La cosa se puso blanca y en botella. Horas después, Adriano volvió a llamarla y esa vez sí lo cogió: como era de esperar recibió toda clase de insultos y amenazas por «chivata y por hija e'puta».

Como el seguimiento a Adriano se mantuvo toda la noche previa, la integridad de la empleada de Vargas no corrió peligro: el venezolano no salió de su domicilio.

—¿Entraste en la casa de Santiago? —preguntó Olga.

—No.

—¿Y qué pasó?

—Adriano y el otro me seguían, ellos empujaron la puerta en cuanto Santiago abrió. Y cerraron de golpe al entrar. Escuché unos ruidos al otro lado, un grito de Santiago, y después como un forcejeo —Dolores hizo una pausa, y comenzó a llorar.

Del Olmo la ofreció un vaso de agua. La mujer bebió.

—Hábleme de Rigoberto y de Mariana.

Dejó de llorar. Usó a Rigoberto López, el marido de la prima de Vargas, como su *puching ball* particular. Lo acusó de todo, de embaucarla para robar a Santiago, de mentirla, incluso de seducirla.

—De Mariana solo puedo decir que era un poco antipática conmigo.

Del Olmo mandó un mensaje en el chat del grupo de Homicidios: les pedía que informaran al juez y que procedieran a la detención inmediata de Rigoberto López.

Los dos investigadores interrogaron a la empleada durante más de una hora.

—Rigoberto y usted… ¿estaban liados? —preguntó Olga.

Dolores calló. ¿Había metido la pata con su actitud beligerante contra Rigoberto?

—Creo que voy a llamar a mi abogado.

—Antes de hacerlo, díganos si estaban liados.

No volvió a abrir la boca. Cuando la sacaron de la sala, Rigoberto sentado en unas sillas del pasillo, aguardaba su turno, escoltado por Insausti. La detención del primo político del finado fue fulgurante. No puso resistencia a dos maromos como Sergio Insausti y como Julio Pleite.

Se cruzaron. Rigoberto, en un principio, no dijo nada. Justo antes de entrar se detuvo. Se dio la vuelta, y miró a Dolores que ya abandonaba el pasillo.

«Traidora, cobarde, pinche puta».

No le dio tiempo a decir nada más porque Insausti lo metió de un empujón en la sala de interrogatorios. Rigoberto era un tipo pequeño y compacto, no tenía nada que hacer contra el más de metro ochenta del oficial. Ya lo había comprobado en sus carnes cuando minutos antes le puso los grilletes a la espalda. Grilletes que le estaban lacerando la carne de las muñecas. Aunque no tanto como el cuchillo de Adriano había lacerado la carne de Santiago Vargas.

Salida

Rigoberto se negó a declarar.

Su abogado se lo aconsejó, y le hizo caso.

Salió esposado de la sala de interrogatorios, y lo llevaron camino del calabozo a la espera de que el juez dictara prisión. El grupo de Homicidios tenía grandes sospechas sobre él y la acusación de Dolores

fue el indicio que necesitaban para llevarlo ante el juez. Después de la tentativa fallida de interrogatorio con el marido, Del Olmo y Saavedra entrevistaron a Mariana Vargas, la mujer.

—¿Rigoberto y Dolores tienen una relación? —preguntó la subinspectora.

—¡¿Cómo?!

—Lamento decirle esto, pero sospechamos que pudieran tener un lío —corroboró Del Olmo.

Mariana suspiró profundo. Miró primero su reloj, una pulsera de esas de actividad; después, dirigió su cabeza hacia el techo.

—¡Desgraciados!

—¿Eso significa que sí? —insistió Olga.

—Puede que sí, *hijueputas*, malparidos.

Los investigadores ahondaron en el interrogatorio, y ayudaron a Mariana a juntar piezas. López trabajaba como empleado en otra inmobiliaria. Algunos días Rigoberto llamaba a Mariana para decir que se iba directo al gimnasio, y volvía a casa más tarde de las diez. Duchado, por supuesto. Y contento. Ella nunca sospechó nada.

—Hasta ahorita que me lo dicen, y me acuerdo un día que llegó más tarde de las once. Y yo le pregunté que si el gimnasio no cerraba a las diez. Y él me dijo que no, que a las once. A las semanas fui un día con él, porque teníamos un bono familiar, aunque yo no lo usaba apenas. Me di cuenta de que cerraban a las diez. Se lo pregunté, y me dio largas, dijo que cambiaron el horario. Y que algunas veces se quedaba conversando fuera con compañeros. No le di importancia, fíjese… —Mariana rompió a llorar—. Malparido, desgraciado… Mi pobretico primo…

Le dejaron desahogarse. Olga mandó un mensaje a *Listín* para que trazara las posiciones de los móviles de Rigoberto y de Dolores las semanas previas al crimen. Quería corroborar esa infidelidad.

—Mariana, necesito que piense en los días anteriores al incidente —Olga usó un eufemismo—. La semana antes. ¿Algún detalle que se le haya pasado contarnos? Alguna reunión de su marido con alguien a quien usted no conociera.

Mariana calló por unos instantes. Rebuscaba en su mente algo que pudiera acusar al cerdo de su marido.

—Si ese hijo de puta de verdad tiene que ver con la muerte de mi primo lo va a pagar. Vaya si lo va a pagar.

—Céntrese entonces, y díganos algo que pueda aportarnos una prueba en su contra —pidió Del Olmo.

—A ver, es que… —se quedó callada.

—¿Qué ocurre?

—Es que les mentí, inspectores —Los investigadores se miraron entre sí. Estaban muy cerca de reunir la última pieza del puzle—. La noche en la que apareció mi primo… —volvió a quedarse callada.

—Siga por favor, encubrir a la familia no es delito en España.

Ella abrió los ojos, mucho, y miró a la subinspectora.

—¿Ah, no? —Los dos policías negaron con la cabeza, resignados —. *Hijueputa*. Yo les dije que había estado todas las noches en casa menos la que mataron a mi primo, no les podía mentir, porque mi amiga Lourdes estuvo conmigo en casa esa noche. Pero es que dos días después… cuando descubrieron el cuerpo de Santi… El desgraciado me dijo que esa noche se fue a ver el fútbol. Y yo le dije que ya estaba bien de tanto fútbol, que ya lo miró el domingo. Y él se quejó porque era Copa del Rey o no sé qué pendejadas. Y yo les mentí a ustedes porque estaba asustada y porque…

—Se dejó su teléfono en casa…

—¡¿Cómo lo saben?!

En ese momento Toribio entró en la sala de entrevistas, sofocado y sin aliento, como se acabara de terminar de correr una prueba de velocidad.

—Inspector, subinspectora. Tienen que venir.

La información que traía Toribio era el gordo de la lotería, el rojo y par en la ruleta; era la bolita debajo del vaso de un trilero.

Rigoberto López se creía el más listo por haber dejado su teléfono móvil en casa para que no se le pudiera ubicar en la escena del crimen. Se le olvidó, no obstante, taparse bien la cara cuando se acercó a merodear por el bloque de pisos donde vivía Santiago Vargas. En realidad sí que se la tapó, con una bufanda, pero tuvo la mala suerte de que una pareja de municipales se detuvo en el portal de la casa con la intención de ayudar en las tareas de acordonamiento de la zona.

Les preguntó qué había pasado, y uno de los agentes locales le pidió que circulara. Y él circuló, pero volvió a los cinco minutos. Se dio cuenta de que allí no podría obtener más información sin delatarse, y se largó.

El agente Luque, de la policía local, no lo tuvo en cuenta en su momento. Un curioso más. Al agente Robles le gustaba mucho el café de la cantina del complejo policial de Canillas. También le gustaba mucho la policía de la recepción de la UDEV. Se daba la casualidad de que, para ir a la zona de calabozos, había que pasar por la recepción. Toribio, que se había llevado a Rigoberto a su celda, junto con Solís, se detuvo también en la mencionada recepción, porque tenía que «hablar una cosa» con la policía recepcionista. Le pidió a Solís que sentara al detenido un minuto, y que lo custodiara.

Resultó que «la cosa» que tenía Toribio con la recepcionista, era impedir que el agente Robles hablara con ella, ya que el subinspector ya había calado al municipal otras veces. Como Toribio también bebía los vientos por Soraya, que era el nombre de la recepcionista, se detuvo no solo a charlar con la mujer, sino, sobre todo, a molestar a Robles. Y el agente Luque, que era el binomio del agente Robles, y que estaba recién casado, y que solo bebía los vientos por su mujer, mantuvo la distancia, y le dio por mirar en derredor. Y se fijó en Rigoberto, que tenía la barbilla metida en el cuello, cabizbajo. Y le recordó mucho a alguien.

Y como le recordó tanto a alguien, se acercó a la policía Solís, y le pidió hablar en privado, alejados de Rigoberto. A Amaya le extrañó, y le sonó a un intento de tirarle los tejos. No sería el primer policía municipal que lo intentaba. Pero Robles era un tipo muy correcto y, además, llevaba anillo de casado, cosa que, en los tiempos que corren, no era garantía de nada, pero «menos da una piedra». Aceptó, y avisó

a Toribio para que custodiara al detenido. Lucas protestó porque daba vía libre a Luque, pero, ante la insistencia de la policía, no le quedó más remedio.

Se apartaron unos metros; Robles preguntó quién era el tipo. Amaya dijo que era secreto de sumario, y no podía decirle nada. El agente Luque insistió, y para que confiara en él aseguró que le sonaba de haberlo visto en algún operativo, merodeando en alguna escena de crimen, como hacen muchos culpables. Cuando Amaya escuchó esto, abrió bien los ojos, y preguntó si estaba seguro. Robles dijo que no al cien por cien, pero que todo era demasiada casualidad. Amaya, entonces, contó que el detenido podría estar implicado en un homicidio, y que si resultaba verdad que había merodeado por la escena del crimen, supondría un gran indicio para que su señoría dictara prisión incondicional.

Amaya exigió al agente local que hiciera memoria. Para ayudarlo, la policía rebuscó en su móvil, en el chat del grupo de Homicidios, la dirección exacta de Vargas. Cuando la encontró, se la enseñó a Robles, que, a su vez, buscó la dirección en internet.

—El diez de enero —sentenció Amaya.

—¿El miércoles del partido de Copa del Rey de hace poco?

Amaya se encogió de hombros. El local buscó de nuevo en su móvil y, cuando encontró la información que buscaba, se le abrieron los ojos como al niño que le regalan un juguete nuevo.

Solís comprendió el gesto, y le propuso un plan al policía municipal. Se acercó hasta el detenido, y susurró al oído a Toribio, que si bien en un principio no comprendió nada, la insistencia de su compañera lo convenció.

—Rigoberto, levántate —ordenó el subinspector.

Rigoberto obedeció. Amaya y Lucas se quedaron custodiándolo. El agente Luque se puso al lado de Amaya, sin mirar a Rigoberto.

Dejaron transcurrir los minutos. Toribio miraba de reojo al agente Robles y a Soraya, que sonreía. Y él maldecía su mala suerte. Transcurridos unos cinco minutos, Rigoberto se impacientó:

—¿Qué pasa? ¿Nos vamos o me siento?

Toribio y Amaya miraron al agente Luque, que cerró los párpados

despacio.

Se llevaron a Rigoberto a la celda, y volvieron corriendo.

—¿Es él?

—Estoy casi seguro de que sí.

—Mierda, Luque, ¿casi? —protestó Amaya.

—Sí, juraría que es él.

Amaya pidió a Toribio que fuera corriendo al despacho de la brigada. Del Olmo y Saavedra sabrían lo que hacer.

El registro en la casa de Dolores resultó ser una mina. Encontraron dos sobres, uno con dos mil euros que tenía marcada una R, y otro sobre con mil ochocientos, sin ningún identificativo.

En casa de Adriano hallaron diversos fajos de billetes, de diferentes tamaños. Nada concluyente porque, al ser un traficante, no se podía ligar ese dinero con el asalto al domicilio de Santiago Vargas. Otra cosa es lo que los investigadores del caso harían con esa información. En casa de Héctor no se halló nada, excepto papel de aluminio. Y no había pan ni jamón para usarlo como envoltorio de bocadillos.

Del Olmo y Saavedra estaban convencidos de que el juez daría por buenos los testimonios de Mariana, de Dolores y del agente Luque. Mariana declaró la ropa con la que salió esa noche a, en teoría, ver el partido de Copa del Rey. No estaba del todo segura, pero casi, de la indumentaria de su marido esa aciaga noche. Después de vestir a Rigoberto con esa ropa que ella misma llevó a la brigada, Luque lo reconoció, ya, sin ningún género de dudas.

Cuando sentaron a Rigoberto, por segunda vez, en la sala de interrogatorios, y le contaron lo del partido de Copa, el «olvido del teléfono» en casa, y que nadie en el bar lo situó allí aquella noche, se derrumbó y confesó todo; todo lo que le otorgaba a él una parte menor de la culpa en el homicidio de Santiago. Por ello lo sometieron a un careo con Dolores. Ni los abogados pudieron detener la retahíla de insultos que se profirieron.

Ambos firmaron sus confesiones: Dolores le echó la culpa a Rigoberto, y Rigoberto acusó a la mujer de poner en su conocimiento la existencia de la caja fuerte. Dolores conocía a Adriano del gimnasio y, según ella, Rigoberto le pidió que contactara con él. Según Rigoberto, fue Dolores la que alardeó de que conocía a alguien que podía hacer el trabajo. Los dos culparon a Adriano por bestia, y por torpe; porque solo se trataba de forzar a Santiago a abrir la caja fuerte, llevarse la pasta y huir.

Los dos ejecutores también se echaron la culpa el uno al otro, eso sí, por separado, ya que los investigadores no consideraron oportuno un careo entre ambos dada la naturaleza violenta de Adriano. En este caso parecía bastante claro quién de ellos hizo los cortes en piel

humana, y quién había destrozado una pared de pladur con la ayuda de un cuchillo jamonero y un cuchillo de cocina para llevarse la caja fuerte, valga la redundancia, por la fuerza. Una caja fuerte que estimaron que solo podría contener entre cinco y siete mil euros, según las cuentas intervenidas a Santiago. Adriano fue el que hizo las partes, y declaró que él lo entregó todo a Dolores sin contarlo, que ya ella le pagaría los quinientos euros acordados. Dolores por supuesto, lo negó, y confesó que Adriano le entregó los tres mil ochocientos euros en el parking de un centro comercial. Nadie en la brigada se tragó la versión de Adriano: ya se sabe el refrán de quien parte y reparte… Después de que reventaron la caja fuerte, y sacaron los pocos ahorros de Vargas, Héctor se la vendió a unos chatarreros de cuyo nombre no quiso acordarse. Gomato declaró que Adriano le entregó cuatrocientos euros, y que ya se los había gastado.

Rodrigo, Dolores, Héctor y Adriano provocaron la muerte de Santiago Vargas por menos de dos mil euros por cabeza. «¿Ese es el precio de una vida humana?». Esa fue la última pregunta que hizo Del Olmo en el careo entre Dolores y Rodrigo. Pregunta que repitió tanto a Gomato como a Adriano, que murmuró algo sobre lo que vale la vida allá en Ciudad Guayana.

La labor de los investigadores había terminado. Sería el juez quien decidiera quién tenía más culpa que el otro, quién había embaucado a quien, y quién merecía un mayor castigo.

Olga abrió su buzón. Publicidad, recibos y una carta con su nombre y dirección manuscritas.

«No me lo puedo creer».

Subió las escaleras con mal cuerpo. Abrió la puerta de su casa, y depositó las cartas de banco en el pequeño mueble de la entrada. Tiró la publicidad a una bolsa donde acumulaba los restos de papel. Y la carta manuscrita también.

Se fue a la ducha, pero decidió tomarse un baño. Muy caliente. Ella no era muy de derrochar agua, pero «un día es un día». Estaba calmada después de cómo se había solucionado el caso Pessulum, y por eso disfrutó de ese momento de relax. Al menos durante quince minutos.

En cuanto el agua descendió su temperatura dos grados, le volvió la desazón. El gilipollas volvió a su mente. El momento en el que lo pilló follándose a una de sus amigas en el piso que ambos compartían. En la misma cama en la que ambos dormían y follaban. «Malditos desgraciados, ios a un hotel al menos».

Salió de la bañera con más rapidez de lo que los accidentes domésticos recomiendan. Se enfundó el albornoz y se dirigió a la cocina. No tuvo que rebuscar porque tampoco había muchos papeles en la bolsa del reciclaje de cartón.

Abrió la carta con las manos todavía mojadas. La leyó. En ella David pedía perdón. Una y otra vez.

«*Tienes toda la razón del mundo: soy un gilipollas y no te mereces que siga molestándote. He estado pensando mucho sobre esto, a pesar de haberme puesto como un energúmeno, me di cuenta de mi error. Yo no soy así, miro las noticias y veo violencia contra mujeres, y me pongo malo por haberte insultado y por haber sentido, incluso, ganas de agredirte. Yo no soy así, lo sabes. Pero tenía que hablar contigo, extirpar toda esta rabia que tengo por haberla cagado y por perderte. Si me lié con tu amiga fue, en parte, porque me reconcomía la duda de si habías tenido algo con ella, le quise sacar la información*».

Olga soltó un bufido cuando leyó esto.

«Pero luego me di cuenta de que eso no importaba. Yo te quería, y fue algo imperdonable. Sin justificación. Repito: no tengo justificación. Si me vuelvo a cruzar contigo, te juro por el amor que te tuve y que todavía te tengo, que no será intencionadamente. Me daré la vuelta y me iré por otro camino. No volveré a llamarte, ni mensajes, ni nada. No pienso convertirme en una persona que no deseo ser, en alguien de esos que tú puedas meter entre rejas. Esta carta es mi despedida. Guárdala como prueba si decides denunciarme, porque me merezco que lo hagas. Solo te vuelvo a pedir perdón, espero que dentro de unos años puedas hacerlo. Cuídate mucho, Olga. Te deseo lo mejor, de corazón.

Alguien que te quiso mucho, alguien que te quiere.

David».

La subinspectora puso sus manos sobre el folio con la intención de romperlo, de destrozarlo, incluso de quemarlo.

Decidió hacer caso a su expareja. Guardaría la carta como prueba, ya que él mismo se lo había aconsejado. «No te puedes fiar de un amante despechado». Ese pensamiento le vino a la cabeza. Y su mente volvió al caso Pessulum.

¿El trabajo había concluido de verdad? ¿La operación Pessulum se había cerrado del todo?

Olga Saavedra no lo tenía tan claro. Los pensamientos que vinieron a su mente después de leer la carta de su expareja la torturaban. Antes de firmar el atestado del caso, como instructora del mismo, se pegó toda una jornada repasando el total de la documentación del sumario. Más de doscientos folios. Y había unos apuntes que no le cuadraban.

Del Olmo la quiso mandar a casa, pero al final él fue el que se marchó, a instancias de la subinspectora. Llamó a *Listín*, al que pilló casi en la cama. Pidió que le corroborara unos datos de posiciones de móviles de algunos de los implicados las semanas antes del crimen. Apuntó el teléfono de una testigo. Después llamó al anatómico forense, por si sonaba la flauta.

Por primera vez en su escaso tiempo en Homicidios quiso que el doctor Leo Paz estuviera de guardia. Lo estaba, y se fue a visitarlo.

—He estado hablando con Del Olmo, subinspectora —dijo Paz.

—Lo sé.

Olga había llamado al inspector de camino al anatómico para que, a su vez, llamara a Paz y mediara.

—No está usted convencida del cierre del caso Pessulum, y él me ha contado que cree que yo puedo decir algo al respecto.

—¿Y qué puede decir?

Paz no habló, solo se dio la vuelta, y se puso a sus quehaceres: sobre la mesa, un cadáver al que hacer la autopsia.

—A este pobre lo ha matado la rueda de un tractor —dijo—. Tengo que emitir un informe para saber si ha habido imprudencia por parte del conductor del tractor, o por parte de la víctima —Olga caminaba por toda la sala, nerviosa—. Muchas veces no se sabe de quién es la culpa verdadera de una muerte.

Olga se detuvo. Lo miró.

—¿Qué me quiere usted decir, doctor?

Leo Paz tomó el escalpelo y lo puso sobre el pecho del cadáver que yacía en la mesa. Al otro lado, su ayudante, el doctor Guzmán, un forense en prácticas de no más de treinta años, no le había quitado ojo a la subinspectora en todo el rato que llevaba allí.

—¿Cuántas autopsias habré hecho en mi vida, doctor Guzmán?

—Siempre dice usted que más de dos mil.

—Sí, más de dos mil, seguro.

Olga estaba al borde del grito.

—No me he equivocado en ninguna de ellas. Es decir, siempre he dicho la verdad acerca de lo que yo creo que han sido las causas de la muerte.

Hizo una nueva pausa, y Olga se llevó la mano derecha debajo de

su brazo izquierdo. El doctor la miró, y ella no bajó la mano, para dejar bien claro quién tenía un arma allí, aunque, por supuesto, nunca la fuera a sacar.

—Sé que hay formas de engañarme —Paz clavó sus ojos en Olga —. Del Olmo cree que me podrían haber engañado. Y usted también lo cree, subinspectora.

—¿Lo han engañado, doctor Paz?

—Ese no es mi trabajo, Saavedra. Ese es el suyo —sentenció—. Y haga usted el favor de dejar el arma tranquila. No querrá que el doctor Guzmán tenga que estrenarse con mi cuerpo.

Olga, por primera vez, sonrió a un comentario del forense Leonardo Paz.

Lo hizo cuando se dio la vuelta. No quiso darle la satisfacción.

Entierro

No pudieron ni repatriar el cuerpo de Santiago Vargas. El dinero que se encontró en el piso de Dolores era una evidencia del caso, y sus familiares no tenían acceso, de momento, a ello.

Su madre, Asunción Quiñones, tampoco pudo viajar, y a su entierro acudieron menos de diez personas. Su prima, Alberto Miranda (curioso apego el que le tenía a quien, en teoría, le había sisado dinero) y varios comerciantes vecinos al local de la inmobiliaria que regentaba. El séquito lo remataban la inspectora Saavedra y el oficial Insausti, que había acudido entre protestas.

Olga dio el pésame a la prima y, cuando terminó el sepelio, con todo el tacto que pudo, la emplazó a citarse con ella al cabo de dos horas en el piso de Santiago. A Mariana le extrañó, pero no encontró una excusa para negarse, y aceptó.

¿Por qué le habría citado la subinspectora en casa de su primo?

Olga deambulaba por el piso alquilado de Santiago Vargas. El oficial Insausti la acompañaba, y la policía Solís esperaba en un camuflado junto al portal. Criminalística ya hacía tiempo que había dado el visto bueno al acceso libre a la vivienda. Una vivienda cuyo propietario no recibiría más la mensualidad, ya que su inquilino yacía sobre tierra: en un nicho.

Olga no paraba de abrir y cerrar la puerta del cubo de la basura, como si quisiera que por arte de magia apareciera algo dentro cada vez que la abría.

—Un ataque al corazón —dijo Insausti—. Puta mala suerte.

Olga vaciló, quería contarle a Sergio el verdadero motivo por el que estaban allí. Se lo contaría por mensaje de texto cuando llegara el momento.

Se escuchó el timbre de la puerta. No el del telefonillo. Olga sonrió, y mandó un mensaje a Amaya. Ella misma se acercó a la entrada y abrió. Mariana, que tenía unas ojeras de muerto viviente, estaba inmaculadamente vestida de negro, y su mirada no subía del suelo ni para pedir permiso.

—Adelante. ¿Cómo ha abierto el portal?

—Estaba abierto —dijo. La subinspectora la invitó a pasar a la cocina, e Insausti le ofreció una silla—. ¿Por qué me ha reunido acá? Me pone triste esta casa después de… ya sabe.

—Mariana, solo quiero charlar.

La mujer levantó, por primera vez, la cabeza y se fijó en los ojos de Olga, que sonreía con amabilidad.

—Sergio, espérame abajo. Estate al tanto del móvil, te aviso cuando hayamos terminado.

—¿Seguro?

—Muy segura.

Insausti se encogió de hombros, y se marchó sin rechistar. No le vendría mal estar un rato a solas con Amaya en el camuflado.

—¿Qué va a hacer usted ahora? —dijo Olga cuando el oficial se hubo marchado.

—Ay, pues no lo sé. Yo solo trabajo media jornada en la residencia; no sé si me llega para pagar el alquiler y la comida… —A la mujer se le escapaban las lágrimas.

—Mariana, quizá yo pueda ayudarla.

—¿Cómo dice? —se sorprendió la prima.

—Esto que le voy a contar es confidencial, y solo puede quedar entre usted y yo.

—No me ponga en usted un aprieto, inspectora.

—Subinspectora, todavía no me han ascendido.

—Pues espero que con este caso lo hagan.

Las dos mujeres rieron con la moderación que una reunión después de un funeral requería.

—Como le digo, yo puedo ayudarla. Me llevo muy bien con el juez que instruye el caso. Podría pedirle que usted disponga del dinero que hemos intervenido a Dolores y a Adriano. Son casi seis mil euros en total.

—Y por seis mil cochinos euros lo mataron…

—Sí, la vida es así de fea, Mariana.

—La verdad es que ese dinero me vendría muy bien, inspectora.

—¿Y a quién no le vienen bien seis mil euros que no esperaba? —rio Olga que no corrigió, de nuevo, su rango.

—¿Seguro que no pasa nada? ¿No será usted la que se meta en un aprieto?

—Seguro. Solo tengo que firmar que el dinero se entrega al único familiar de la víctima, y antes de hacerlo le haríamos unas fotos. Ya han sacado las huellas de Dolores y de Adriano.

—Pues sería buenísimo…

—Claro que sí, yo lo gestiono todo, le aviso cuando esté listo el

papeleo. No tardará más de dos o tres días —La mujer se levantó agradeciendo de corazón el gesto a la subinspectora, pero esta se quedó sentada—. A cambio, me tiene que me hacer usted un pequeño favor.

—Claro, dígame, si está en mi mano…

—Necesito que me entregue las llaves de este piso.

Mariana puso cara de circunstancias. Y las circunstancias eran que la subinspectora la había tendido una trampa.

—Más, yo no tengo llaves de esta casa.

—Mariana, yo estoy siendo generosa con usted. Ahora quiero que usted sea honesta conmigo.

Las manos de la mujer empezaron a moverse más deprisa que cinco segundos antes. Toqueteaba su bolso, que había apretado contra su pecho. Se tocaba las piernas, el pelo. Lo que se suele conocer como: no sabía donde meterse.

—Inspectora no comprendo qué quiere, y mire, yo me tengo que marchar que estoy muy cansada. Apenas he dormido…

—Mariana, tranquilícese —interrumpió Olga—. La cerradura de la puerta la tuvimos que romper para acceder a la vivienda. Llamamos al dueño de la casa, y nos pidió que hiciéramos un amaestramiento de llaves, es decir, que el cerrojo fuera idéntico para poder seguir usando sus propias llaves, y no tener de que depender de nadie cuando venga a Madrid, que no sabe cuándo será. Así que necesita todas las copias que existan de la llave.

La mujer suspiró, y volvió a sentarse. Buscó en su bolso, y sacó un llavero con una figura de un niño vestido de comunión. En el llavero solo había dos llaves: la del portal, y la de la puerta. Se las tendió a la subinspectora, que solicitó que las dejara encima de la mesa.

—¿Me puedo ir ya, inspectora? —pidió la mujer después de haber depositado con mimo las llaves.

—Venga un momento conmigo.

Olga se levantó e indicó a la mujer que le siguiera. Mariana dudó, pero la insistencia de la subinspectora no le dio opción de hacer otra cosa. Llegaron a la habitación.

—Mire, ahí estaba la caja fuerte. La arrancaron de cuajo.

Mariana advirtió el hueco que había en el armario. La subinspectora tecleó en su móvil.

—Malnacidos —susurró Mariana.

—Y aquí, ¿ve el cerco? —Olga señaló una mancha de suciedad que había en el suelo, junto a la cama—. Aquí lo torturaron.

—¡Ay, diosito!, pero ¿por qué me cuenta estas cosas?

—Mire, en la bañera también hay restos de sangre —Mariana abandonó la estancia, y Olga se fue detrás de ella—. ¡Por menos de seis mil euros!, Mariana.

—¿Y yo qué culpa tengo? —La mujer se giró, con los ojos llorosos.

—Usted sabía que Dolores y su marido eran amantes.

Si Mariana había hecho un intento de llorar, cuando escuchó estas palabras de la subinspectora, se le cortaron las lágrimas en el acto.

—Pero ¿qué dice usted, señora?

—Mariana Vargas, ¿usted se piensa que la policía es tonta?

—No sé qué habla, señora, yo me marcho ahora mismito.

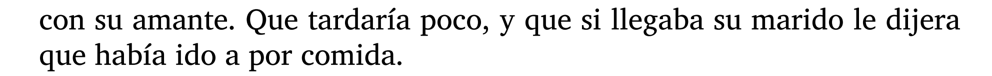
—¡Usted no se va a ninguna parte! —El grito fue tal que provocó que Mariana agachara la cabeza, asustada—. Lourdes Camino. Su amiga. Estoy marcando su teléfono ahora mismo—. Olga marcó un número de teléfono en su móvil, y puso el altavoz.

A Mariana se le dobló un tobillo, y se tuvo que apoyar en una silla de la mesa del salón.

—¿Sí?

—Lourdes Camino, soy la subinspectora Saavedra de la Policía Judicial, hemos hablado antes. Le aviso de que estamos grabando esta conversación. Estoy con Mariana Vargas, y acaba de confesar que le pidió que la noche del nueve de enero fuera usted a su casa para cenar, y que una vez allí ella se ausentó durante un tiempo con la excusa de… —Olga se detuvo; Mariana se estaba recomponiendo del shock, y al otro lado del aparato, Lourdes no pronunciaba palabra—. Señora Camino, le repito: soy Policía Judicial, es decir, dependo de un juez. Los jueces son esos señores mayores con toga que mandan a la cárcel a las personas. También hay juezas, que son incluso peores.

—Me dijo que se iba a… —Lourdes vaciló—… a tener relaciones


con su amante. Que tardaría poco, y que si llegaba su marido le dijera que había ido a por comida.

—¿Cuánto tardó?

—No lo sé, una media hora.

—¿Por qué nos mintió?

—Porque ella me suplicó que su marido no podía enterarse de que tenía un amante —dijo muy nerviosa.

Mariana se había recuperado. Ya no lloraba. Ahora apretaba con fuerza la silla sobre la que se apoyaba. Sus manos se habían tornado blancas.

—Gracias, Lourdes, le llamará un compañero para tomarle declaración.

—Pero señorita, qué va a pasar conmigo…

Olga no le dio tiempo a terminar. Colgó.

—Por seis mil euros, Mariana. Su primo…

Mariana se dirigió a la cocina ignorando los gritos de la subinspectora. Regresó con un cuchillo, no el jamonero que en su momento utilizó Héctor, otro que encontró que serviría para su propósito.

Se detuvo sopesando sus posibilidades contra la subinspectora.

¿Sería capaz de volver a matar en el mismo piso?

Domingo, 9 de enero, 22:05

Mariana accedió al piso de su primo con la copia de las llaves que ella misma había hecho sin que él se enterase. Le pidió el coche un día, con la falsa excusa de que su moto estaba en el taller. «Solo es una hora que tengo que ir al centro comercial, y vuelvo prontico». Santiago, a tope de trabajo, no tenía intención de coger el coche, ni marcharse de la oficina. Las llaves de su casa estaban ligadas a las del vehículo, porque en el pasado se le habían olvidado un par de veces cuando salió del domicilio, y se hartó de tener que volver a por ellas una vez en la calle. Santiago hizo el intento de liberar solo la llave del coche para entregársela a su prima, pero esta lo detuvo: «no te preocupes, no vaya a perderlas, me gusta que pueda sentir el manojo de llaves, yo lo tengo igual».

Según los mensajes que había descubierto en un correo electrónico del ordenador de su marido, el asalto sería a las nueve. La hora del inicio del partido. Todo el mundo, o casi todo el mundo, estaría pendiente del clásico, y facilitaría, algo, la operación. Ella se había hecho con la clave de ese correo electrónico («porque mi esposo se cree sabio, pero es un pendejo»), y recibió el mensaje del encargado de hacer el trabajo sucio, diciendo que ya estaba hecho. Su amiga Lourdes no se extrañó de que estuviera tan pendiente de mirar el móvil, porque, en teoría, esperaba el mensaje de una persona.

La noche de autos, con la copia de la llave en su mano, Mariana salió de su casa con la excusa de ir a «*coger* con su amante», que le acababa de mandar un wasap. A su amiga Lourdes le contó la patraña de ese amante imaginario: «cuando hay prisa lo hacemos en su coche, me coge bien rico, y me encanta porque parecemos dos jovencitos enamorados».

Desde su casa a la casa de su primo, había quince minutos andando, tres en moto.

Abrió el portal con la copia de la llave, y accedió a la casa. No se quitó el casco, y llevaba una ropa ajustada y de material impermeable, porque había visto en las películas y novelas que se le podían caer pelos o fibras del tejido. También se descalzó, y dejó sus deportivas, boca arriba, junto a la puerta de entrada.

—¿Santi? —susurró.

Pero Santi no contestaba. Caminó por la casa, y cuando llegó a la bañera le asustó el estado en el que lo habían dejado. Se acercó hasta él, respiraba, pero tenía la boca tapada por un trozo de cinta americana. Ella se puso unos guantes de látex que llevó en el bolsillo, y arrancó de golpe la cinta. Santi reaccionó.

—¡Santi, despierta! —dijo en voz alta, y le dio un par de bofetadas en la cara.

Santiago abrió los ojos.

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó? —contestó, asustado.

—Tranquilo, primo, ya pasó todo. Tranquilito.

—¿Prima?

—Sí, soy yo.

—¿Qué haces tú acá?

—Me telefoneó alguien al móvil, me pidió dinero y me dijo que viniera a tu casa. Yo me asusté, pero me prometió que te iban a matar. Vine corriendo. —Santiago estaba más para allá que para acá, y las palabras de Mariana eran como la radio que escuchas cuando estás a punto de quedarte dormido— Ya pasó todo, levántate.

Mariana le dio la mano, y nada más que la mano. Santiago no advirtió el tacto del látex, o, si lo hizo, no dijo nada. Lo acompañó hasta la cocina, y le sirvió un poco de agua. Santiago respiraba con dificultad.

—Escúchame, primo ¿estás bien?, ¿quieres algo? —Santiago solo movía la cabeza arriba y abajo—. ¿Te puedo preguntar una cosa? —El hombre la miró extrañado—. ¿Tú sabías que Dolores y Rigo están de amantes?

Santiago, entre el shock que tenía, y la incómoda pregunta que le hizo su prima, solo pudor afirmar.

—Sí.

Mariana inspiró, profundo, con mucha rabia que pudo contener.

—Es que creo que son ellos los que te han hecho esto, para quitarte la plata y fugarse.

Santiago reaccionó y, por un momento, en sus ojos se vislumbró un destello de ira. Ese momento duró poco porque el hombre notó un pinchazo que no supo de dónde venía.

—Mira, esto es para evitar que se te infecten estas heridas —Mariana encontró la justificación para rematar su plan en esa confesión. «Me lo tenías que haber contado, primito», pasó por su mente —. Ahorita te vas a dar una ducha, y a dormir un ratico. Y en un par de horas vuelvo, y te llevo al hospital.

Mariana había elegido uno de los cortes, y le había pinchado la jeringuilla directamente en la herida. «Por si acaso los del *CSI* detectan el pinchazo».

—¿Y por qué no me llevas ahorita?

—Es que yo sola no puedo, voy a buscar ayuda —Santiago se quejó, pero ella lo calmó, insistiendo que el pinchazo era para las infecciones y para calmarlo—. Espera un momentico.

Mariana buscó en la cocina una fregona. A pesar de haberse descalzado, no se fiaba de haber dejado rastros de pisadas. Dio un fregonazo rápido desde la bañera hasta la cocina, sorteando las manchas de sangre que su primo había dejado en el trayecto desde el cuarto de baño (le produjo un extraño respeto o miedo borrarlas); recogió unas etiquetas y una bolsa verde que había en el suelo, y lo tiró todo a la basura; guardó la fregona y se dispuso a marcharse.

—¿Ya te vas? —susurró él, cuando la vio dirigirse hacia la puerta.

—Vengo en seguida. Tú ven acá —ordenó—, tienes que hacer esfuerzos para estar mejor, las heridas son pequeñas—. Santiago no tenía la intención de levantarse, estaba demasiado aturdido—. Vamos, ven acá. Ella se acercó hasta él, lo tomó de la mano, y lo obligó a levantarse.

Como no quería tocarlo, al pobre le costó horrores hacerlo. Cuando lo consiguió, ella lo llevó hasta la puerta. Lo apoyó en la pared, y señaló el candadito de seguridad.

—Ahorita, cuando yo me marche, echa la cadenita. Así te sentirás más seguro, primo—. Él asintió con la cabeza—. No te preocupes, vuelvo prontico, dúchate y descansa. Un besito, primo

Mariana le lanzó un beso con la mano. Santiago no cayó en la cuenta de que cómo coño iba a entrar Mariana en el piso si él echaba la cadena de seguridad. Ni reparó en el hecho de que ella hubiera entrado en la casa sin tener llave (al menos eso era lo que creía el pobre Santi)

Santiago, sumiso con su prima desde siempre, obedeció, y echó la cadena cuando ella salió. Después se apoyó sobre la puerta, y se sintió demasiado cansado para mantenerse de pie.

Demasiado cansado, y con muy poca vida encima.

—¡Como te muevas un centímetro más te disparo en el pecho!

—¡Puerca, pendeja, gonorrea! Estás loca, me oyes, tienes mucha imaginación para inventarte esas *güevonadas.*

—Y usted mucha agresividad para estar tan segura de que me lo he inventado.

Mariana estaba a dos metros de Olga; se detuvo en su avance homicida en cuanto la subinspectora sacó el arma de su funda.

—No vas a poder probarlo, pendeja.

—Perfecto, entonces suelta el cuchillo y vámonos a comisaria. Yo misma te llamo un abogado.

Mariana sudaba, su cuerpo entero se movía hacia arriba y hacia abajo por la tensión que acumulaba. Bajó el cuchillo. Y la cabeza.

—Por seis mil mierdosos euros —dijo, mitad riendo, mitad sollozando.

—Usted lo ha dicho. No se arruine la vida más por seis mil euros. Ni me la arruine a mí.

Mariana reaccionó al escuchar las palabras de la subinspectora. Volvió a tensarse, y se lanzó contra ella.

Un brazo la atenazó desde atrás, la retorció con tal fuerza la mano que provocó que soltase el cuchillo. Insausti había llegado a tiempo antes de que Mariana usara el arma improvisada contra Olga, pero no llegó a tiempo antes de que Olga usara su 9 milímetros Parabellum.

Un disparó se escuchó en el piso de Santiago Vargas.

Como diría Miguel Ángel González: un disparo, solo uno.

—Te la jugaste mucho, subinspectora —dijo Del Olmo.

—Lo tenía todo controlado, a ver si te piensas que no sé donde apunto.

—Claro, claro, pues ya sabes que por cada bala que sale de nuestras pistolitas tienes la hostia de papeleo que rellenar.

—No importa, la cara que se le quedó a la prima mereció la pena. Y ese jarrón era bien feo.

—Yo hubiera llegado de todos modos, ¡eh! —protestó Insausti.

—Claro que sí, querido Sergio, claro que sí. El príncipe al rescate de la dama indefensa… —Amaya se burló, y se escucharon risas en la brigada. Insausti tuvo ganas de hacerle una peineta, pero se contuvo.

La subinspectora disparó a un jarrón que había en la mesa junto a la que se apoyaba Mariana Vargas. La prima se asustó, por el ruido del disparo, por el silbido de la bala y por el destrozo del jarrón. Insausti estaba justo detrás, esperando un movimiento en falso de la mujer a la que Olga había acusado de asesinato —no de homicidio— de su primo Santiago Vargas. La inmovilizó antes de que tuviera tiempo de contraatacar con el cuchillo de cocina.

¿Cómo se descubrió que ella era la responsable?

—Así que llegaste a la conclusión de que sabía lo del rollo de su marido con Dolores por las posiciones de sus móviles.

—Un poco raro que coincidieran los tres en el mismo sitio dos noches en las que supuestamente el marido iba al gimnasio, ¿no?

—Sobre todo que después, ella llegara a casa antes que él. Muy bueno, Olga —aplaudió Amaya.

La subinspectora detectó, hasta en dos ocasiones, que las posiciones de los móviles de Rigoberto López, Mariana Vargas y Dolores Andrade, coincidían en un punto próximo al gimnasio donde, en teoría, entrenaba Rigoberto. Próximo quería decir quinientos metros, en un polígono en el que la prostitución se ejercía con impunidad. Allí nadie pondría pegas a una pareja teniendo relaciones

en la parte trasera de un coche.

—Yo creo que la primera vez fue para ver si era verdad que el marido iba al gimnasio; y que la segunda fue para confirmar que si se pagaba una prostituta o qué era lo que hacía allí. Y ahí descubrió el cotarro con Dolores —sentenció Olga.

—¿Qué ha dicho en el interrogatorio? —preguntó Pleite.

—Que se enteró de la infidelidad, nada más —respondió Olga.

—Y ella se inventó su propia infidelidad —siguió Del Olmo.

—Lo de la amiga, Lourdes, no me cuadraba. ¿Para qué coño saca a una amiga de su casa un frío domingo de enero a las nueve la noche? La presioné por teléfono en una primera llamada. Le dije que volvería a llamarla, y que era mandatorio que dijera la verdad, o habría consecuencias.

—Y cantó por soleares —apuntó Toribio.

—Si vieras la cara que se le quedó a Mariana... No sé si fue peor que la que puso cuando el disparo —Olga sonrió.

—Volviendo al tema de los cuernos reales: la prima, después de enterarse, para verificarlo y tener más pruebas contra su marido el día que decidiera a montarle el pollo, averiguó cómo entrar en su correo electrónico y se encontró con otra cosa peor —añadió Del Olmo

—Estaban planeando darle el palo al primo… —dijo Toribio.

—¿Y cómo es posible que se cargara a su propio primo para que les cayera el marrón a los dos amantes? Hay que ser retorcida —comenta Amaya.

—Yo creo hay dos motivos: uno viene de cuando tenía la sociedad con su marido y la disolvieron por los chanchullos de Santiago, que el marido se vio en la calle y sin recursos. Entiendo que ella culpó a su primo del desastre comercial, que la afectó también a ella, claro —dijo Olga—. Aunque jura que se volvió loca, que quiso castigar a su marido y a la otra; pero no es normal que mates a un pariente solo por eso.

—Y ahí entra el segundo motivo —dijo Del Olmo.

—Exacto, creo que se enteró de que Santiago sabía lo de Rigoberto y Dolores.

—¿Cómo lo sabes, Olga? —preguntó Toribio.

—Es una sospecha, ella no lo ha confesado en el interrogatorio, ni lo va a confesar nunca. Le añadiría años a su condena. En cambio, ha dicho que estaba esperando a ver qué hacíamos. Y que si no los hubiéramos detenido a ellos, hubiera dado el soplo. Guardó copia de los emails del marido con Dolores y con Adriano.

—Menos mal que han sido unos chapuceros —dijo Insausti.

—Casi todos los asesinos lo son. No suelen ser como en las novelas o las películas —afirmó Del Olmo.

—Bueno jefe, el del caso VERTE no era ningún chapucero —objetó Olga.

—Ya, pero para eso estabas tú aquí —sonrió Del Olmo dirigiéndose a la subinspectora—. Para eso, y para deducir lo de la insulina de la prima.

—Bueno, tampoco eso es un gran mérito. Cualquiera lo puede averiguar por internet, por desgracia.

—¿Le han destripado ya el ordenador o el teléfono?

—El teléfono —dijo Olga—, he preguntado a criminalística y me han chivado que sí, que hay una búsqueda sobre el tema de provocar infartos por sobredosis de insulina.

—Y en la residencia tenía fácil acceso a ella —añadió Solís.

—El abogado le ha aconsejado colaborar, así que con la confesión y con estos indicios, espero que su señoría la empapele bien empapelada —dijo Del Olmo.

—Pero ¿se puede retractar en el juicio? —objetó Pleite.

—Sí, por eso mañana vais a ir a la residencia donde trabajaba esta mujer, a preguntar a todo el mundo, y a buscar evidencias del robo de insulina. Además… —Del Olmo miró a la subinspectora para que continuara.

—Paz ha ordenado la exhumación del cadáver: va a abrir de nuevo a Santiago para buscar evidencias toxicológicas que confirmen lo de la sobredosis de insulina.

—Dos puntos para la subinspectora: darle más curro al forense, y

buscar la prueba definitiva por si se retracta de su confesión. Mariana no se escapa ni con alas —sentenció el inspector—. Venga, todo el mundo a casa y mañana rematamos esto.

Los investigadores del grupo II de la Brigada de Delitos contra las Personas de la UDEV Central apagaron sus ordenadores, y se marcharon a descansar.

Todos menos la subinspectora Saavedra y el inspector Del Olmo.



Olga y Del Olmo salen de la brigada. El inspector llega al ascensor y pulsa el botón de bajar.

—¿Qué son esos murmullos… esos rumores que he oído sobre que te van a ascender a inspector jefe si Morcillo no vuelve en un par de meses?

—Pues eso: murmullos y rumores.

—Ya. ¿Y qué hay de lo nuestro?

Del Olmo suspiró.

—Estoy hecho polvo, subinspectora. Dame unos días.

—Ya, eso dices siempre.

—Que sí, que a ver si nos recuperamos de este caso, y encuentro el momento.

—Te tomo la palabra, señor «otro momento».

La puerta del ascensor se abrió.

—¿Bajas?

—No, prefiero caminar. Te espero en el parking, y te llevo a casa.

Del Olmo accedió al ascensor, y se quedó mirando cómo la subinspectora tomaba el camino de las escaleras.

Hacia abajo.

Pulsó el botón del número -1. No quería saber nada de ascensos.

Nota del autor

Gracias por haber llegado hasta aquí.

Agradecimientos

Gracias a ti, de nuevo, por haber leído esta novela.

Gracias a mi correctora Cristina Evangelista.

Gracias a mi familia, amigos y seres queridos.

Y gracias a la lengua española.

Si quieres que siga escribiendo más novelas como esta (o espero que mejores) vuelvo a pedirte que me dejes una reseña positiva.

Hasta pronto.

Table of Contents